

DE OVIEDO  
A  
COVADONGA

1940

1941



DE OVIEDO

A

COVADONGA.

DE ORENHO

COVADONCA

DE OVIEDO  
A  
**COVADONGA.**

---

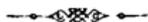
APUNTES DE VIAJE

POR

D. MANUEL F. LADREDA

Y

D. GUMERSINDO SOLIS DE LA HUERTA.



OVIEDO:  
IMPRESA DE EDUARDO URÍA.  
1878.

A 1881367708

2208

GOVERNMENT  
OF THE DISTRICT OF COLUMBIA  
OFFICE OF THE ATTORNEY GENERAL

STATE OF MARYLAND

MANUEL Y. LAUREA

D. EISENHOWER

OFFICE OF THE ATTORNEY GENERAL

STATE OF MARYLAND

1958

## AL LECTOR.

Este libro, lector viajero, está destinado á servirte de *cicerone* en tu visita al Santuario de Covadonga.

Si antes de su publicacion hubieras llegado allí, no tendrías otro guia que tu propio instinto, á no ser que la fortuna te pusiese en relacion con alguno de los señores Canónigos de la Colegiata, pues en este caso, ni amable acogida, ni ilustrada direccion en la visita, ni techo, ni mesa habrian de faltarte. El Cabildo de Covadonga, fuerza es confesarlo, ha conquistado en buena lid el titulo de mártir de la hospitalidad.

Ahora bien, si otra cosa que la antes indicada, y acaso una pequeña distraccion en el viaje, buscas en estos apuntes, te expones á llevarte chasco; por lo cual será prudente que te dispongas á no tener grandes exigencias.

Sale este libro á la luz pública al cabo de un mes de haberseles sugerido á sus autores la idea de escribirlo, lo cual te demuestra que se presenta al mundo exento de pretensiones literarias. Le sucede en esto lo que con el vestir á las personas olvidadas de cierto género de vanidades: cubiertas una vez las exigencias del decoro, los perfiles de la elegancia son para ellas de ningun valor.

¡Valiente cosa le importaria á mi vecino D. Blas que, por efecto de haber dispuesto de poco tiempo para su tocado, se notase que llevaba mal puesto el lazo de la corbata!

---

---

# ASTURIAS.

---

## I.

Tras de algunos años de ausencia, mi buena estrella me devolvía á Asturias, mi pais natal.

Hallábase la carretera de Pajares en malísimo estado á la sazón y la diligencia que nos trasportaba no era ciertamente de las mejor acondicionadas; por otra parte llevábamos mucho peso en la vaca y el vehículo, como los borrachos que tienen muy cargada la cabeza, daba tumbos y mas tumbos, con grave sobresalto de una señora que conmigo iba en la berlina, y no pequeño miedo mio. Llevábamos los dos el Credo en la boca, pero ella lo rezaba en constantes exclamaciones de terror y yo con frases tranquilizadoras. Cuál de los dos iba mas asustado, es problemá que aun hoy dia no he podido resolver.

Corríamos como liebre acosada de galgos, y así

disparados llegamos al fondo del valle. Cuando hubimos atravesado el Puente de los Fierros respiré como debe hacerlo el condenado á muerte que ve llegar el indulto, y á medida que el temor dejaba libre mi alma, la invadía una alegría intensa. «Por fin estoy en Asturias.» pensaba, y esta sola idea hacía saltar el corazón dentro del pecho como si para él el camino del dolor al placer estuviera también lleno de baches.

Pretender dar idea de mis impresiones hasta que llegamos á la Pola de Lena, sería tarea larga y difícil. Por otra parte dudo mucho que mis lectores encontraran en ellas gran solaz: básteles, pues, saber que, merced á un traspaso que habíamos tenido que verificar cerca de Busdongo, á pié y al través de un túnel convertido por las lluvias en lago subterráneo, llegamos tarde á aquel pueblo. El monstruo del siglo se había largado con viento fresco—estábamos en Abril—y dibujaba á lo lejos una movable columna de humo, sin cuidarse mas de nosotros que del impertinente gozquecillo que por breves instantes le persigue ladrando, en la persuasión de que el tren huye de sus pequeños dientes. En achaques de vanidad, á veces los perros parecen hombres.

Nos reunimos en la posada de Lena los viajeros de todas las diligencias, igualmente chasqueados, y después de lamentarse, cada uno según su temperamento ó su prisa, del forzoso retraso que habíamos experimentado; después de culpar al Gobierno de la contrariedad presente, de las pasadas y aun de las futuras; después de repetir una y cien veces la con-

sagrada frase «en España no se puede vivir,» nos sentamos todos á la mesa.

Aunque la conversacion se hizo general, yo no tomaba parte en ella, pese á mi habitual locuacidad, pues la alegria de verme en *mi tierra* me preocupaba vivamente; pero al fin vino á sacarme de mí mismo la interpelacion directa de uno de esos mil *com-mis-voyageurs* con que el comercio moderno ha venido á poblar los caminos en desprecio de aquel antiguo refran que dice que «la vara de buen paño dentro del arca se vende.» Quejábase el tal del retraso, del pais, de la ocasion de su viaje, y no sé si tambien del mismo Dios por la ocurrencia de haber atravesado los caminos con tan elevadas montañas, en grave daño de mercaderes ambulantes.

—¿Sabe V., le dije algo amostazado, adónde le ha traído su buena suerte?

—Pero hombre, exclamó el mio no poco sorprendido, ¿no he de saber? A Asturias.

—¿De qué se queja V. pues? Siempre he oido decir que el camino del Paraiso es difícil.

Noté que esta frase escitaba sonrisas burlonas en los comensales, no obstante lo cual tuve el valor patriótico de completar mi pensamiento en esta forma:

—Entiendo, señores, que Pajares es un hecho providencial.

—¿Providencial?

—Providencial, sí, señores: sin Pajares, sin sus crestas y precipicios, sus dificultades y peligros, Castilla se despoblaria muy pronto.

Las sonrisas se trocaron entonces en francas risotadas (1).

Tú, lector, riete si quieres; riete y sigue leyendo á no ser que prefieras reirte y cerrar el libro.

## II.

Es cosa averiguada que el tiempo y la distancia engrandecen á los hombres y embellecen las cosas. La historia, vieja curiosa y parlanchina, nos da hoy cuenta, en sus mas brillantes páginas, de grandes hombres que pasaron sus dias oscurecidos y olvidados, ya que no burlados y escarnecidos: y es que los siglos, sirviéndoles de pedestal, les levantaron sobre el nivel comun, revelándoles como génios. Tal español no tiene certeza de si la batalla de Covadonga se libró en Galicia ó en Santander y corre afanoso en busca de impresiones al sangriento teatro de la tragedia de Waterlóo; otro no ha visto las Catedrales de Toledo, de Búrgos, de Leon, ni ha visitado la Alhambra, y se arruina por contemplar la Santa Sofía de Constantinopla. ¿Qué mas? Una sola vez en nuestra vida, una sola, hemos oído esclamar: «¡Qué buena señora es mi suegra!» El yerno decia esto en Madrid y su mamá política vivia en Filipinas.

---

(1) Histórico.

Por eso no debemos estrañar que mil y mil asturianos que elevarían de seguro un viaje á Suiza á la categoría de premio gordo de rifa, se muestren indiferentes á la belleza de su pátria. Sucédeles en esto lo que á los maridos de mujer hermosa, cuando ya la luna de miel se halla en su cuarto menguante; todo el mundo admira la hermosura de su mujer, todo el mundo menos ellos. ¿Quereis que un asturiano comprenda y sienta todas las bellezas de su pátria? Pues haced que la contemple á cuatrocientas leguas de distancia y al través de diez años de ausencia.

Nuestra indiferencia en este punto es tanto mas culpable cuanto que ella contribuye en parte al olvido en que nuestros compatriotas de Allende Pajarres nos tienen. No hablamos de los extranjeros, porque, en rigor, de que estos no nos visiten, al paso que miles y miles recorren la Suiza y otros países en busca de paisajes pintorescos, de perspectivas agrestes, de montes y precipicios, torrentes y lagos, no podemos ni debemos quejarnos, ni aun sorprendernos. Tanto valdria sorprenderse de que la hermosa dama de la córte, que habita suntuoso palacio, adorna los salones con su belleza, fascina por su lujo y elegancia y se deja ver en calles y paseos arrastrada en magnífico carruaje sea de todo el mundo admirada, alabada y codiciada, al paso que la humilde aldeana, tal vez mas hermosa que la opulenta señora, apenas si consigue ser la admiracion de los mozos de su pueblo y la codicia de su rústico novio.

¿Qué ha de suceder? Suiza ocupa el centro de Europa, vive en el mundo de las naciones, si la frase se nos permite, al paso que la pobre, la humilde Asturias vive arrinconada en un extremo de una nación por desdicha nuestra mas arrinconada aun geográfica, política y socialmente. Situáramos á Asturias entre Alemania, Francia é Italia, ó volviéramos á aquellos tiempos de nuestro inmenso poderío en que el sol era constante esclavo de España, y pronto veríamos escéncricos ingleses bañarse en el lago Enol ó en el Ausente, elegantes rusas sudar en los picos de Europa y multitud de franceses enamorar con singular *sprit* á nuestras sencillas aldeanas, y aun de ellas recibir tal cual bofetón, premio de galante esceso.

Con lo que no podemos transigir es con que Asturias no solo no sea concurrida por los españoles, sino que llegue á tal extremo el menosprecio en que se nos tiene que no haya madrileño, por medianamente ilustrado que se le suponga, que no sepa á ciencia cierta que Gijón es uno de los puertos mas importantes de Galicia; con lo que no podemos conformarnos, ni nos conformaremos nunca, es con que se representen en los teatros de la córte, con popular éxito, aunque con dudoso provecho de la patria literatura y sin que el teatro se conmueva hasta en sus cimientos á fuerza de silbidos, obras dramáticas ó cómicas en que se lleve á Cangas de Onís y se trasplanten las primeras escenas de la Restauración á la provincia de Lugo.

Injusto olvido y culpable desprecio son estos: As-

turias, históricamente considerada, llena gran parte de nuestros anales, si escritos hoy con letras de oro, sellados ántes una y mil veces con la sangre de los asturianos y de los enemigos de su patria y de su fé. Su indomable valor y su fiera independenciam, supieron luchar y vencer cuando ya no quedaba de la orgullosa monarquía goda mas que triste recuerdo, tanto mas triste cuanto que aumentaba con la memoria del glorioso pasado, la humillacion de la esclavitud presente.

Y por cierto que no es preciso buscar tan lejos las pruebas de que, cuando se trata de salvar la patria, Asturias no teme el sacrificio. Europa entera yacía en los albores del siglo postrada á los piés de ese coloso que habia borrado en el mapa continental las fronteras de las naciones, en fuerza de lavarlas con sangre. Sonara ya en el reloj de su ambicion colosal la hora de suprimir los Pirineos y el águila del imperio habia clavado sus garras en las entrañas de nuestra patria. Nada parecía poder oponérsele ya, cuando Asturias, con una audacia que hoy seria ridícula si España entera no la hubiese abonado como sublime, declaró la guerra al invencible. Dicen que el emperador se rió de la ocurrencia, pero el grito de guerra de Asturias encontró eco en Gerona, en Zaragoza, en Bailen, en los ámbitos todos de la Península y la risa del gigante debió costar mas de una lágrima al génio de la guerra, allá en las soledades de la isla de Santa Elena.

Y no es solo á recordar los altos hechos de nuestra historia y á buscar en la memoria de pasa-

dos tiempos dulces y gratas emociones, con que dar al olvido nuestra presente decadencia, á lo que los españoles debieran venir aquí: Asturias es, topográficamente considerada, uno de los países mas privilegiados de Europa; la naturaleza derramó sobre ella, con mano pródiga, cuantos dones pueden hacer de la tierra un paraíso. Véase cruzada en todas direcciones por limpios rios de márgenes risueñas y frondosas, que ya caen en espumosa catarata, ya se precipitan como bullicioso torrente, ora se deslizan en corriente suave y cristalina, ya forman apacible remansa en que se detienen, como pesarosos del apresuramiento de su alegre juventud, que les aleja de tan privilegiados cáuces y de sus amadas riberas.

Forman el accidentado suelo de Asturias fértiles valles que la primavera convierte en jardines sin fin, en los que multitud de pueblos y caseríos viven á la sombra de copudos castaños ó alegres cerezos, recostados en la falda de montañas de aspecto risueño unas veces, de imponente majestad no pocas, ofreciendo siempre pintoresca variedad que constituye uno de los principales encantos del país.

El viajero que, sin temor á las fatigas, emprende y lleva á término una espedicion á alguno de los puertos que, cual gigante muralla, dividen á Asturias de Castilla, cuando su planta fatigada llega á pisar la cumbre mas alta y tiende la mirada por el vasto horizonte que domina, siéntese poseido de súbito entusiasmo y su alma se dilata como si necesitara mayor grandeza para abarcar y sentir toda la majestuosidad del espectáculo de que es feliz obser-

vador. Una ordenada série de montañas se estiende hasta el lejano mar; preséntanse unas, cubierta la cima de nieve; ostentan otras lujoso manto de exuberante vegetacion; aquellas, por el contrario, ofrecen á la vista la desnuda roca de variados matices; las que aparecen en último término piérdense en las brumas del horizonte ó se confunden con la azul bóveda, cual si, nuevos titanes, hubiesen escalado el cielo. Al lado de enormes masas de redondeada cumbre, vense otras coronadas por sinuosas cimas, en las que parece que la naturaleza se recreó en imitar caprichosos castillos, misteriosas torres, palacios encantados, gigantescos animales y hasta humanas figuras.

Mil veces nos hemos estremecido al ver á nuestros piés abismos de fondo de tinieblas y sobre nuestra cabeza enormes masas de roca, desquiciadas al parecer y que, en desprecio de las leyes del equilibrio, esperan solo que la mano de Dios marque en el reloj de los tiempos el momento de la destruccion del mundo para precipitarse en el fondo del valle con horrible estruendo.

A veces aquellas soberbias montañas guardan solo en su seno el vacío,—así son tambien, no pocas, las humanas grandezas,—formando palacios subterráneos de estalactitas y cristal, en los que el hombre se encuentra sorprendido y anonadado ante prodigio tanto.

¡Oh, hermosa pátria mia! si mi pluma fuese guiada por el génio descriptivo de Chateaubriand ó Walter-Scott yo te levantaria un monumento con

mi admiracion y mi entusiasmo; pero ya que esto no, recibe la súplica que dirijo al cielo, de que esos verdes campos que se reflejaron en mis primeras lágrimas, sean oreados por la brisa en que vaya envuelto mi último suspiro!

### III.

Ya en otra ocasion hemos manifestado la dificultad que á la sana crítica ofrece la solucion del problema de si es la medicina la que arrastra á la moda, ó esta caprichosa deidad la que lleva tras sí el arte de curar, en ese frenesí balneario que llena las playas y fuentes minerales y vacía los bolsillos de padres y maridos; pero es lo cierto que la ciencia de Hipócrates en sus últimas evoluciones, *passer moi le mot*, se compuso de tal manera que no hay salud posible, para todo el que pueda disponer de cuatro cuartos allá en el mes de Julio, sin que, si es habitante del interior, vaya á sumergirse en las saladas ondas del Océano, ó, si vive en la costa, se apresure á buscar un establecimiento balneario donde hacerse esponja de una pila y convertir su cuerpo en odre de aguas sulfurosas ó termales.

Apenas se concibe hoy que exista una dama medianamente acomodada que se vea libre de jaquecas en los bailes de invierno, si por el verano no recur-

rió á la hidropatía, y cuenta que tanto mayor será su alivio cuanto mas lejos haya ido á buscar el remedio, ó, lo que es igual, que la salud se halla en razon directa del cuadrado de las distancias. Nueva fórmula medicinal, traduccion libre del culto á Santa Maria la mas lejos.

De estos principios de alta filosofía médica deducimos lógicamente que, si bien no puede predecirse hasta qué punto las aguas del famoso *caño del Fontan*, hasta ahora solo destinadas á encorvar espinazós poco flexibles, puedan, en los tiempos futuros, ser reveladas por algun químico notable como mínero-medicinales, ni qué cualidades terapéuticas haya de atribuírseles por el protomedicato del porvenir, cabe desde luego afirmar, para tranquilidad de las ovetenses aficionadas á escursiones veraniegas, que las propiedades salutíferas de aquellas, por mucho que lleguen á crecer en los futuros años, no han de bastar á librarlas de la mas ligera contraccion de esos mujeriles nervios tan costosos en la edad presente al paternal ó marital peculio. A lo sumo, las aguas del Fontan podrán ser con el tiempo provechosísimas á las ribereñas del Guadalquivir.

Dado que esto es así, merced á los adelantos de los tiempos, no debe estrañarnos que, mientras la madrileña *higle-liffe*—que decimos ahora en España—corre presurosa á poblar las provincias meridionales de Francia, Astúrias no vea concurridas sus playas, sinó en alguna afortunada escepcion, por las gentes de ultra-Pajares. En rigor militan en

este asunto contra nuestra provincia, además del inconveniente de la poca distancia, razones de gran peso y valía. Aquí no se habla francés ni inglés, y por lo tanto el *mundo elegante* no podría entenderse con los naturales, sinó con gran dificultad. En muchos pueblos de esta costa se vive barato y no es cosa de que los maliciosos se figuren que la marquesa de X ó la baronesa de H concurren á estas playas, más que á entonar sus cuerpos, á buscar un tónico al bolsillo, asaz debilitado por los despilfarros del invierno.

Y aun no es esto todo, sino que, y esto es lo principal, la caprichosa deidad que gobierna á su mudable arbitrio los destinos de la gento *comm'il faut*, la loca moda aun no señaló estas playas como punto de reunion digno de los súbditos de su imperio. Aun no ha sonado la hora de que Madrid ve-ranéee en estas playas... de Galicia.

Y sin embargo, en punto á baños de mar, nos abonan y colocan en primera fila Luarca, Avilés, Luanco, Candás, Gijon, Rivadesella, Llanes y otros pueblos que ofrecen al bañista cómodas y hermosas playas, que no por ser límite de revueltos mares y formar parte de procelosa costa, dejan de ser de gran seguridad. Aquí las señoras no necesitan, ni hasta ahora han usado, de esos tritones de la mitología balnearia, semi-peces y semi-rústicos que en otros puntos las conducen de la mano, si no en brazos, hasta sumergirlas en las saladas ondas. Aquí van ellas solas á mecerse en la rizada superficie, sin otro deligro que el de perder parte de su belleza y ele-

gancia por el detrimento que la mojadura hace sufrir á los trajes marinos del cuerpo y al vestido terrestre de la cara; que siempre el agua fué enemiga irreconciliable de los polvos.

Gozan además aquí los bañistas la ventaja de que en este pais el termómetro es persona formal, conservador de escuela y hasta creemos que lector de *La Época*: gran partidario, por lo tanto, de los términos medios, si alguna vez, por escepcion, en los rigores del invierno llega á permitir que la nieve —demagogia blanca— se apodere del pais, no tolera nunca los excesos de la demagogia roja ni aun en los tiempos canicularcs. Disfrútase, pues, en esta provincia, sobre todo en la costa, agradable temperatura. Aquí no se abrasa nadie como no sea en los ojos de alguna bella asturiana, ni se suda sinó á la vista de algun acreedor.

Pudiera argüirse que, en cambio de esta ventaja climatológica, tenemos un enemigo terrible en la humedad y hasta recordársenos á aquel andaluz que al despedirse de un paisano suyo, que marchaba á Sevilla, le recomendaba encarecidamente diese sus recuerdos al sol, al cual temia no poder reconocer ya cuando volviese á verle tras tan larga ausencia: pero esto no es sinó argumento de invierno. Precisamente sucede en Astúrias, en donde, lo confesamos ingénuamente, durante nueve meses seria mas útil un órgano respiratorio bronquial que los mas sanos pulmones, el hecho lamentable y asaz frecuente por desgracia, de que se pierda la cosecha de maiz por razon de sequía.—Pero, hombre, decia

una vez un aficionado al zumo de viñ, oyendo esto, parece mentira lo que V. está diciendo.—Pues sí señor, le replicaban, es verdad que aquí llueve mucho, pero precisamente...—No es eso lo que quiero decir, sinó que parece mentira que pueda perderse nada en el mundo por falta de agua.

#### IV.

Una de las cosas que de cierto han de admirar más á los que en la córte no conciben un asturiano sinó con la cuba al hombro, ó el simbólico cordel á la bandolera, y que no han estudiado mas de nuestra cultura que el relato exagerado de los palos que, allá en la Virgen del Puerto, se han dado y recibido en belicoso apoyo de los patrióticos gritos «¡Viva Piloña! ¡Viva Pravia!» sin que jamás se les ocurriera contar las puñaladas con que ensangrientan todos los dias las afueras de Madrid, sus chulos y hasta sus degeneradas manolas; una de las cosas, decimos, que más han de admirarles, si por ventura alguna vez llegar á conocernos mas á fondo, es el hecho positivo y *estadístico* de que Asturias, en punto á cultura é ilustracion, forma, si no á la cabeza, al menos entre las primeras provincias de España.

Tal vez no seria de todo punto impropio que á esta sazón y propósito recordáramos los asturia-

nos que han ilustrado con su talento la patria literatura, admirado desde la tribuna parlamentaria con su elocuencia, guiado con mano firme las riendas del Estado, ayudado con su saber el adelanto de las ciencias; pero ¿á qué llenar estas páginas con tan larga lista de gloriosos nombres, si ellos viven en la memoria y en el corazon de todo español medianamente ilustrado y amante de su patria? Ni aun siquiera será preciso aducir en apoyo de nuestro aserto que siendo así que en España se suele mudar de ministerio con tanta facilidad y frecuencia como un político de casaca, han trascurrido décadas enteras sin que dejase de ser consejero de la corona algun asturiano; que de las cuatro estátuas que adornan el salon de conferencias del Congreso dos son de hijos de esta provincia, y que cuando estas líneas se escriben la presidencia de ambos cuerpos colegisladores está encomendada á dos patricios nacidos aquende Pajares. (1)

Mas baja pudiéramos buscar la prueba, y á fé que no sería difícil hallarla en nuestros pobres aldeanos, que si no llevan el calañés sobre la ceja, ni escupen por el colmillo, ni le *pintan un jabeque* al lucero del alba, saben casi todos leer y escribir, son honrados y laboriosos agricultores y cuando la suerte les lleva á servir á la patria, con las armas en la mano, soldados de los mejores y no pocas veces oficiales distinguidos. Tienen en ge-

---

(1) Posada Herrera y Barzanallana.

neral carácter dulce y sufrido y son en alto grado hospitalarios.

Quizá en toda España no pueda citarse un ejemplo igual ni parecido al del concejo de Sobrescobio, rincón olvidado allá entre las montañas del interior, cuya belleza pintoresca tendrá pocas que la iguallen, en donde sucede que en todo el distrito municipal no hay un solo vecino que no sepa leer y escribir, en donde no solo no se ha incoado durante siglos una sola causa criminal sino que no han llevado fuera de su municipio ninguna diferencia de carácter civil; en donde no hay propietarios estraños al concejo; en donde se reúnen á toque de campana los vecinos y legislan y administran justicia para sí, sujetándose cada uno voluntariamente á lo que allí se decide; en donde los apremios por razon de tributos no se conocen; en donde, en una palabra, se vive hace muchísimos años en un estado de civilizacion especial que nada tiene que envidiar á ninguna otra, á pesar de que hasta ahora, y acaso por esto mismo, no han conseguido un camino que les una al resto del mundo, lo que no impide que los suyos interiores estén perfectamente cuidados. Estos son los que allá en Madrid y en Andalucía pasan por rústicos ignorantes.

Hállase nuestro suelo cruzado de carreteras y caminos vecinales en número, sino suficiente aun para todas las necesidades del país, por lo menos muy superior al de otras provincias; existen en la nuestra pueblos como Oviedo y Gijon, de verdadera importancia y dignos de figurar al lado de las bue-

nas ciudades de España, y otros que, aunque de menor categoría, son hoy, sin embargo, florecientes villas, algunas de brillante historia, otras llamadas á ser en breve grandes centros fabriles é industriales, pues si hoy nuestra industria se halla ya en un estado bastante por encima del nivel general de la nacion, solo espera hallar medios auxiliares de desarrollo—principalmente el puerto de Gijon y la terminacion del ferro-carril, y más aun una larga paz general—para llegar á ser poderosa y competir tal vez con sus similares del extranjero. ¡Y aun hay gentes por esos mundos que creen que los osos se pascan por las calles de Oviedo!

Asturias, monumentalmente considerada, es tambien muy digna de visitarse. En otro lugar hemos de ocuparnos, mas por despacio, de algunos de sus monumentos; los demás no entra en nuestro objeto el describirlos, pero sí consignar que, á través de los siglos, se conservan en este suelo algunos vestigios de remotos tiempos, páginas de la historia escritas en viejos monumentos y venerables ruinas, dignas de estudio para el sábio, de contemplacion para todos. Desde la Catedral de Oviedo, cuya esbelta torre, acaso la primera de España en elevacion y gentileza, constituye causa de orgullo para los ovetenses, hasta la pobre ermita, si humilde en proporciones, rica en mérito y belleza no pocas veces, existen gran número de templos de notable arquitectura, que son motivo de grata sorpresa y apetecido solaz para el discreto viajero.

La feliz combinacion que en este país forman lo

pintoresco y lo monumental, es uno de los atractivos mas poderosos de nuestra provincia. A este propósito no podemos resistir á la tentacion de transcribir un párrafo de la obra que con el título de *Recuerdos y bellezas de España* ha publicado D. J. M. Quadrado:

«¡Qué deliciosa, dice, es la ondulante línea y la verde falda de los montes, la amena y umbria sinuosidad de los valles, la espesura lozana de la arboleda, la plateada corriente de los riachuelos, la quebrada forma y variada tinta de los peñascos, cuando sobre ellos aparece alguna ruínosa ermita, algun abandonado monasterio, alguna solitaria parroquia de los campos! ¡Qué interesantes por su lado se presentan esas antiguas obras, qué grato el color de sus muros, qué esbelta la aguda espadaña y la modesta torre, qué magestuosa y grave la profunda portada, qué gentiles los contornos del ábside, y gracioso el sobrecejo de las ventanas, qué florida y caprichosa la ornamentacion de los capiteles, arquivoltos, cornisas, ménsulas y canecillos, cuando les presta elevado pedestal la roca ó blanda alfombra el musgoso suelo, sombra la enramada, perfumes la brisa, voz el susurro de las hojas ó el murmullo de las aguas, brillantes reflejos los objetos todos circunvecinos! La naturaleza y el arte se realzan mutuamente y templando las impresiones harto risueñas y disipadoras de la una, con las demasiado severas y melancólicas y concentrativas del otro, ponen al alma en un suave equilibrio que la deja á un tiempo gozar y meditar. Y si estos lugares, es-

tas ruinas llevan nombres conocidos, nombres con que en las viejas crónicas hemos tropezado cien veces, nombres asociados á hechos gloriosos ó á períodos interesantes por su misma oscuridad, la memoria evocando lo positivo y la fantasía supliendo lo dudoso toman parte en el goce, y animan y vivifican la escena con su mágico poderío. Solo Astúrias combina esta triple ventaja: solo Astúrias reúne los pintorescos paisajes de las Provincias Vascongadas, pobres en bellezas artísticas cuanto fecundas en las naturales, con los preciosos monumentos de la adusta y árida Castilla. Para apreciar debidamente esta variedad de perspectivas, esta copia de riquezas, no ya replegada en contados focos, sino esparcida profusamente por el ámbito de la provincia, nada mas oportuno que recorrer á caballo el quebrado territorio que al Oriente de la capital se estiende, por la costa del mar hasta Llanes, al través de las montañas hasta la venerable Covadonga.»

Mas ahora se nos ocurre que nos estamos pareciendo á aquellos predicadores de los dias de Carnaval que, llenos de santa indignacion contra la pagana fiesta, riñen por los excesos de la bacanal que en las calles y plazas está teniendo lugar..... á los fieles arrodillados á sus piés. Dado que este libro solo ha de ser leído, si por ventura alguno lo lee, por los que están ya aquí, ¿á qué argüir en favor de que se venga?



---

---

## ITINERARIO.

---

### I.

Oviedo, la ciudad de D. Fruela, antigua córte de los reyes de Asturias, capital despues del histórico Principado y hoy de la provincia que lleva su nombre, es una poblacion que cuenta 17.000 habitantes (1), tiene regular caserío, calles en lo general estrechas y pendientes, pintorescos alrededores y pascos bonitos, entre ellos el llamado del *Bombé*, en el soberbio campo de San Francisco, notable por su estension, su frondosidad, sus jardines y sus fuentes; hay en Oviedo, Catedral, Universidad literaria, Audiencia, Hospital, Hospicio, y otros edificios y establecimientos dignos de ser detenidamente visitados: situada la ciudad casi matemáticamente

---

(1) Todos los datos de este género están tomados del censo de 31 de Diciembre del año último.

en el centro de la provincia, parten de ella varias carreteras principales, siendo una de las mejores la de la Tenderina, que es la que debe seguir el viajero que se proponga visitar el renombrado sitio de Covadonga, teatro de heróicos hechos, testigo de providenciales acontecimientos, cuna de nuestra nacionalidad, *casa solar* de los reyes de España.

Nada mas bello ni mas encantador que el paisaje que se ofrece á la vista del romero que en uno de los claros dias de Mayo ó Junio sale de Oviedo por la carretera citada en direccion al santuario de Covadonga; apenas abandona las calles de la poblacion deja á su izquierda la magnífica fábrica de armas de la Vega, antiguo monasterio de religiosas benedictinas, y la histórica iglesia de San Julian de los Prados, llamada vulgarmente de *Santullano*, y contempla despues, entre admirado y confuso, fértiles y bien cultivadas huertas, extensas praderías, frondosos bosques, una vegetacion robusta y exuberante, y todo esto salpicado de alegres caseríos y animado por el canto de sencillos aldeanos. Agradablemente distraido y sin observar variacion notable en el paisaje, llega á Colloto, cruza el Nora á cinco kilómetros de Oviedo, sobre un puente de moderna construccion, atraviesa los terrenos algun tanto estériles de la Barrera y hace alto, como primera etapa, despues de recorrer doce kilómetros, en el Berron, reducido caserío que pasaria olvidado, si no fuera una de las estaciones del ferro-carril carbonero de Langreo, y si no se levantara á muy corta distancia Noreña, capital de un reducido concejo

hoy, pero que dió nombre, allá en el siglo xiv á una de las mas antiguas ciudades de España: esta villa, poseida sucesivamente por Rodrigo Alvarez de Astúrias, por Enrique de Trastamara y por su hijo el conde de Gijon, fué cedida en las Córtes de Segovia por D. Juan I á los Obispos de Oviedo, que llevan aun aquel título.

De Berron á Pola de Siero (1) hay una distancia de tres kilómetros: tiene Pola categoría de villa, 3,408 habitantes, estacion telegráfica y concurridísimos mercados, los martes; es capital del estenso y rico concejo de Siero, y su aspecto es agradable y su caserío moderno en la mayor parte, así como su iglesia parroquial.

Catorce kilómetros médian entre Pola de Siero y Nava: el paisaje mejora y se embellece notablemente á medida que se avanza hácia el Oriente; los valles son mas abiertos, las montañas mas bajas y mejor tendidas, los bosques y los prados mas amenos, sus árboles frutales, en especial los castaños, abundantísimos.

Nava, capital del concejo de su nombre, tiene 628 habitantes, regular caserío y mercado de escasa concurrencia, los sábados; nada de particular encontraria allí el viajero si no fuese por la iglesia parroquial, dedicada á San Bartolomé, de arquitectura bizantina, y que fué un tiempo convento ó priorato de benedictinas sujeto al de San Pelayo de Ovie-

---

(1) Pola equivale en Astúrias á *puebla*, y es abreviacion de la voz latina *popula*.

do; llaman la atencion su portada, una hermosa ventana que tiene en el centro del ábside, los arcos semicirculares que sostienen el techo, y un nicho sepulcral de la misma forma, perteneciente á la antigua y poderosa familia de D. Rodrigo Alvarez de las Astúrias, que tuvo en Nava su solar ilustre. Cerca de esta villa, á tres kilómetros de distancia, se hallan los baños sulfurosos de Buyerres, bastante concurridos desde principios de Junio á fines de Setiembre.

Entre Nava é Infiesto median quince kilómetros, y durante este trayecto sigue el camino, ya la márgen derecha ya la izquierda del Piloña sin separarse apenas del curso de este rio: poco ántes de llegar al último de los pueblos citados el paisaje toma un aspecto mas agreste, las montañas se hacen mas abruptas y estréchase considerablemente el desfiladero; á la salida de este y bañada por las aguas de aquel rio, hállase asentada la villa de Infiesto, cabeza de partido judicial y capital del concejo de Piloña; era ántes un caserío del inmediato lugar de Berbio, donde aun está su parroquia de San Juan, no habiendo en la villa mas que una reducida iglesia de patronato particular con título de colegiata y una capilla, la de Santa Teresa, propiedad de los marqueses de Vista-Alegre. Infiesto, cruzado hoy en toda su estension por la carretera, tiene bonito y moderno caserío, dos puentes sobre el Piloña, un elegante paseo, estacion telegráfica y mucho arbolado; cuenta 1.124 habitantes y se celebran en él, los lúnes, grandes mercados sobre todo de ganado vacuno, para los que hay dos espaciosas plazas. A las inmediaciones de

la villa, en sitio ameno y solitario, está el santuario de la Cueva, bajo enorme roca, que abarca en su recinto tres capillas, una de ellas con techo de gótica crucería. Una tradicion popular señala el punto, cercano á Infiesto, por donde Pelayo seguido de su escudero vadeó el *Pionia*, hoy Piloña, burlando la persecucion de los soldados de Munuza.

## II.

Pintoresca en extremo es la salida de Infiesto hácia la parte oriental de la provincia; sigue la carretera la márgen derecha del Piloña y cruza abiertos y deliciosos valles bien cultivados y poblados de arbolado; el suelo es feraz y los caseríos vense despar- ramados por los llanos y las laderas de las montañas en número prodigioso; á los cinco kilómetros encuéntrase el pueblecillo de Villamayor, cuya situacion es alegre y despejada en extremo; y al llegar á él llama desde luego la atencion del viajero la portada de ruinoso templo que reproduce en uno de sus carcomidos relieves la popular historia del rey Favila saliendo á caza, detenido un momento por las tiernas caricias y por los tristes presagios de su esposa: perteneció la iglesia á un antiguo convento de religiosas benedictinas y hundida su bóveda desde la invasion francesa de 1808, queda el recinto desti-

nado á cementerio. Mas adelante volveremos á ocuparnos de este y de otros monumentos notables.

Veinticinco kilómetros hay entré Villamayor y Arriendas: atraviesa la carretera durante ellos terrenos llanos y sigue siempre el curso del Piloña; el viajero ve á derecha é izquierda pintorescos panoramas y distingue, medio escondidos entre frondoso arbolado, los pueblecitos de Sevares, Sorrivias y Soto de las Dueñas.

Arriendas es un pueblo de reciente creacion, apenas cuenta veinte años de fecha; colocado en la confluencia del Sella y del Piloña, su situacion es agradable y su cielo alegre y despejado: es capital del concejo de Parres, tiene una casa consistorial moderna y de elegante sencillez, y mercados de escasa concurrencia los martes.

Sobre largo puente de madera cruza el viajero el Sella, engrosado ya con las aguas del Piloña, y una vez en la márgen derecha, bifúrcase la carretera, siguiendo un ramal la dirección de aquel rio hasta llegar con él á la villa y puerto de Rivadesella; el otro ramal toma opuesto rumbo y sube rio arriba hasta Cangas de Onis, que dista siete kilómetros de Arriendas. Antes de llegar á Cangas de Onis pasa dos veces el Sella sobre modernos puentes y déjase á la izquierda el antiguo monasterio benedictino de San Pedro de Villanueva, cuya fundacion se atribuye por algunos á Alfonso I el Católico.

Está situada Cangas de Onis á la márgen derecha del Sella, en el ángulo que forman este rio y el pequeño Güeña al juntar sus aguas cerca de la mis-

ma villa; cuenta 3,053 almas, es partido judicial y capital de concejo; tiene regular caserío, casa-cuna dependiente del Hospicio de Oviedo, una buena iglesia parroquial de principios de este siglo y un precioso campo llamado de San Antonio con una ermita dedicada á este santo; sus alrededores son fértiles y frondosos y las tres carreteras que del pueblo parten son otros tantos agradables paseos. No hay en Cangas actualmente mas monumentos dignos de especial mencion que un magnífico y elevadísimo puente de arcos ojivos sobre el Sella y la capilla de Santa Cruz en la opuesta márgen del Güeña, erigida, segun popular tradición, por D. Pelayo, en el sitio donde recibió del cielo la cruz que le sirvió de enseña en su gloriosa empresa.

Al recorrer el viajero la villa de Cangas, quédase admirado de ver un pueblo abierto, pacífico y rejuvenecido, y no acierta á comprender cómo pudo ser teatro en otros tiempos de gloriosos hechos y espantosas tragedias; y, sin embargo, allá en el siglo VIII, Cangas de Onis fué residencia de reyes, córte de una monarquía, capital de un reino que no por sus estrechos límites dejaba de ser esperanza de la España cristiana y gérmen de aquella nacionalidad en cuyos estensos confines no se ponía nunca el sol.

III.

Por muy acostumbrado que se halle el viajero á la frescura y amenidad de los valles asturianos, se detiene con gratísima sorpresa á cada perspectiva que desenvuelve la sinuosa cañada de nueve kilómetros que conduce de Cangas á Covadonga: va el camino á la izquierda del Güeña y en direccion contraria á su corriente; á uno y otro lado alzan sus copas robustos castaños formando con sus troncos una caprichosa columnata; y una exuberante vegetacion cubre por todas partes aquel suelo hasta llegar al pueblecillo de Soto: á las inmediaciones de éste juntan sus aguas dos riachuelos, el Deva y el Güeña, y tambien allí se bifurca la carretera yendo un ramal á Corao y siguiendo el otro en direccion á Covadonga. Lindando con Soto está el campo llamado de la *jura*, en el que la tradicion supone que el ejército cristiano juró rey á D. Pelayo despues de la memorable victoria de Covadonga; y dése la importancia que se quiera á esta tradicional creencia, es lo cierto que allí iban hasta bien recientes tiempos los alcaldes de Cangas á tomar posesion de sus cargos y recibir la vara de la justicia.

Las dos laderas de la cañada van cerrándose por grados y creciendo en elevacion y aspereza hasta no

dejar mas que estrecho paso al riachuelo y angosta senda al caminante, que abstraído con lo imponente del paisaje olvida la sangrienta jornada que allí tuvo lugar y llega sin apercibirse de ello al pueblo de la Riera: constituia este en lo antiguo un coto en el que ejercia jurisdiccion civil y criminal el Abad de Covadonga; agregado, despues de la supresion de los derechos señoriales, al concejo de Cangas, el Abad, que tiene en él su habitual residencia, solo conserva como resto de su pasada grandeza el derecho de presentacion para el curato.

Tres kilómetros mas arriba de la Riera está el campo de *Re-pelao*, síncope ó contraccion de Rey Pelayo, sin duda llamado así por haberse verificado en aquel sitio la proclamacion de este monarca: un sencillo monumento levantado á expensas de los Duques de Montpensier recuerda el notable hecho y es al propio tiempo severa leccion dada á nuestra provincia por su incuria y su abandono.

Recorre el viajero un kilómetro no mas y de repente, al desembocar en el cerrado valle detiénese asombrado ante la selvática grandeza que á su vista se presenta: inaccesibles riscos estrechan de todos lados el horizonte; á sus piés el Deva, siempre ruidoso y violento; en frente la venerada *cueva*, que taladra la desnuda roca sobre la cual se eleva como gigantesca cúpula la montaña; á su espalda las encrespadas alturas del Reinazo, cuyos picos parece que rasgan el azul del firmamento. ¡Aquel fué el asilo de Pelayo y de sus legendarios compañeros: en aquella peña se refugiaron en ocasion solemne un

pueblo y una monarquía, una religión y una nacionalidad! Allí empezó la tremenda lucha que no había de terminar sino al cabo de ocho siglos en las risueñas vegas de Granada; grandiosa iliada, según esclama un escritor moderno, que aun aguarda un Homero cristiano que la cante dignamente! allí está, en una palabra, el glorioso santuario que á la Virgen de las Batallas consagró la piedad agradecida de nuestros mayores!

---

## ALGO DE HISTORIA.

---

Un acontecimiento de gran importancia para nuestra pátria, y pudiéramos decir bien para la Europa entera, tuvo lugar á principios del siglo viii en las márgenes tristemente célebres del rio Guadalete: dos pueblos distintos en origen, en religion y en tendencias; dos pueblos entre los cuales no existia de comun el mas lijero lazo, chocan entre sí con pavoroso estrépito y luchan y se destrozán largas horas con horrible saña. Al grito de victoria lanzado por uno de los ejércitos contendientes, la cristiandad exhala un gemido de dolor y la Península ibérica se ve sojuzgada del uno al otro extremo por una raza estraña que tiene á Mahoma por profeta, por dogma el fatalismo, por símbolo la cimitarra y por Código un libro misterioso denominado el Korán.

¿Pereceria para siempre la independendia de España? ¿Habrà algun medio de contrarestar la devas-

tadora invasion de aquel vencedor musulman que se aparecia, cual una vision formidable, *con sus ojos de brasa, su tez negra como tizne, como de fuego sus vestidos de grana y sueltas las riendas de sus caballos, mas veloces que el leopardo?* Todas las provincias se someten: solo la nuestra se levanta airada é inaugura en Covadonga la tremenda luéha que habia de durar mas de setecientos años.

Astúrias, una de las postreras regiones del mundo en que lograron penetrar las águilas romanas, fué el foco y principal receptáculo de cuantos abandonaban su casa y sus haciendas ante el devastador torrente de la invasion aragonesa. Obispos, sacerdotes, monjes, labradores, artesanos y guerteros, hombres, mujeres y niños huian despavoridos á las fragosidades de esta tierra en busca de un asilo salvador: la fé y la pátria los congregaba aquí; y entre estos riscos y entre un puñado de españoles y godos, confundidos por el infortunio, nació, dice un historiador moderno, el pensamiento grande, glorioso, temerario entonces, de recobrar la nacionalidad perdida, de enarbolar el pendon de la fé y de sacudir el yugo de las armas sarracenas.

Faltábales á los cristianos un jefe de grandes prendas y la Providencia se le deparó.

¿Quién es Pelayo, ese ilustre caudillo del alzamiento asturiano? Es, segun la opinion mas autorizada, de estirpe goda y sangre real, hijo del duque Favila y nieto ó biznieto de Chindasvinto; habia sido conde de los espatarios del último monarca; habia peleado heroicamente en la batalla de Guada-

lete, y la fama de sus proezas, y la gallardía de su persona, y la nobleza de su alcurnia, todo contribuyó á que los asturianos se agruparan en derredor suyo y le aclamaran por capitán de aquella improvisada milicia religiosa, de aquella grey de fervorosos cristianos, mas provistos de entusiasmo y de fé que de armas y materiales medios para la defensa,

Aceptó Pelayo el difícil cargo, lanzó resuelto el grito de independencia que repitieron formidable los ecos de nuestras montañas, y alarmado el emir de Córdoba envía á uno de sus lugartenientes, Alkamah, el cual penetra en el país con poderoso ejército; ocupa sin grandes obstáculos algunos puntos de la parte llana de la provincia y dirígese despues hácia el Oriente de la misma, donde los cristianos se repliegan en mayor número, á desalojarlos de sus últimas guaridas.

A la salida de Cangas de Onís, llamado entonces *Canicas*, está el estrecho valle de que hicimos mérito; empréndelo el infiel, fiado en el número de sus tropas, sin reparar en el horror creciente de la senda ni en las formidables laderas que la estrechan; no advierte que su ejército, encajonado en aquella cañada, no puede presentar sino un frente igual al de los cristianos y que sus inmensos flancos quedan espuestos á los ataques de los que en las montañas laterales se hallan emboscados. En este orden llega enfrente de la gigantesca roca de Covadonga, y entonces comienza aquel famoso ataque, cuya celebridad durará tanto como dure la memoria de los hombres: las flechas que los árabes arrojan rebotan en

la peña y vuelven de rechazo á herir á los infieles, mezcladas con las que desde la cueva lanzan los cristianos en ella refugiados; al propio tiempo los que se hallaban apostados entre las breñas salen de improviso de sus guaridas y hacen rodar á lo hondo del valle enormes peñascos y troncos de árboles, que aplastan bajo su peso á los agareños y les causan horrible destrozo. Crece el ánimo de los españoles; apodérase el desaliento de los sarracenos; sucumbe Suleimian, compañero de Alkamak, y desesperado este, ordena la retirada intentando ganar la falda del monte Auseva. En aquellas angosturas embarázanse unos á otros los infieles; levántase en esto terrible tempestad que aumenta el espanto y el terror de los que iban ya de vencida; y el estampido del trueno, cuyo eco retumbaba con fragor por montes y riscos, la lluvia que caía á torrentes, las peñas y troncos que de todos lados sobre los árabes se desgajaban, y el movedizo suelo que se hundía bajo los piés de los que habian logrado ganar alguna pendiente, y que rodaban por aquellos senderos sobre los que se rebullian confusos en el valle y perecian ahogados en las desbordadas aguas del Deva, todo contribuyó á hacer creer que hasta los montes se desplomaban sobre los soldados de Mahoma. La mortandad fué espantosa. Hay cronistas antiguos—Sebastian de Salamanca, el monje de Silos y otros—que dicen que allí perecieron *cientos ochenta y siete mil hombres*; D. Rodrigo de Toledo, á quien sigue Mariana, menos exagerado, reduce las pérdidas de los mahometanos durante la pelea á *veinte mil*; pero

de todos modos el triunfo fué glorioso y completo, y durante mucho tiempo, cuando las crecientes del río descarnaban las faldas de las colinas, se descubrían los huesos y armaduras de los soldados sarracenos. ¡Tal fué el heroico combate de Covadonga! ¡Tal fué aquella batalla cuyo recuerdo no se extinguirá nunca en la memoria de los españoles! ¡Tal fué el famoso hecho de armas que sirvió como de prólogo á la titánica lucha comenzada por Pelayo en el año 718 y concluida por los Reyes Católicos en 20 de enero de 1492!

11-11-11  
The following information was obtained from the records of the  
Department of Health and Human Services, Office of the  
Inspector General, Washington, D.C., on 11/11/11.  
The information was obtained from the records of the  
Department of Health and Human Services, Office of the  
Inspector General, Washington, D.C., on 11/11/11.  
The information was obtained from the records of the  
Department of Health and Human Services, Office of the  
Inspector General, Washington, D.C., on 11/11/11.  
The information was obtained from the records of the  
Department of Health and Human Services, Office of the  
Inspector General, Washington, D.C., on 11/11/11.

---

## TRADICIONES.

---

Nunca podremos olvidar el día en que por primera vez recorrimos el camino que desde Infiesto conduce á aquel peñasco bravío de imponente aspecto, en que, como en monumento erigido por la mano del mismo Dios, se halla la sagrada cueva donde Pelayo sembró la semilla que, regada mas tarde por la sangre de nuestros antepasados, y desarrollándose á la sombra de su heroismo, llegó á formar el árbol gigantesco de la monarquía española, tan fuerte y poderoso que no hallando suficiente sosten para su grandeza en este viejo continente, hubo de estender sus raices al través de los mares en busca de un nuevo mundo en que apoyarse.

Para comprender hasta qué punto nuestra alma se impresionó en aquella romería, fuerza es añadir al renovado recuerdo de la epopeya de titanes de que aquellos sitios fueron teatro y á la emoción, siempre grata, que produce la vista de variados pai-

sajes de sin igual belleza, el encanto de oír por primera vez las innumerables tradiciones con que ha poblado la imaginación de los naturales del país los valles, los montes, las fuentes y los ríos. Aquí vivió Pelayo, mas allá fué coronado, allí está D. Oppas petrificado, este río de corriente cristalina fué torrente de sangre, aquel monte hundióse sobre la morisca gente, en este lado guerreros, en esotro doncellas y matronas, cristianos y moros, héroes y traidores, muertes, aparecidos, venganzas, castigos y apoteosis.

No desconocemos que algunas de estas tradiciones son absurdas, otras inverosímiles, todas faltas de comprobación histórica, pero reunidas forman un conjunto que hiera la imaginación con poético encanto, siendo además prueba moral de que Covadonga llena con verdad y justicia la primera y mas brillante página de la restauración; de que en estos valles fué detenido por primera vez aquel ejército mahometano, tan grande por sus conquistas como por su número, á pesar de que él pudiera también nublar el sol con sus flechas.

Y no tememos que se nos acuse de visionarios cuando consideramos que estas tradiciones vienen en ayuda de la historia para comprobar la existencia de la batalla de Covadonga y de Pelayo, pues no se concibe cómo pueda existir tan vivo en la memoria de un pueblo el recuerdo de un acontecimiento, siquiera exagerándole; cómo se conservan y transmiten de padres á hijos y de hijos á nietos, hasta remotas generaciones, tantas y tantas leyendas que conver-

gen á un solo hecho, si este hecho, si este acontecimiento es completamente falso, como pretenden algunos filósofos historiadores, fanáticos del escepticismo, que no parece sino que aspiran á reivindicar la triste gloria de Eróstrato destruyendo el templo que guarda cuanto los pueblos tienen por venerable.

No es mucho, por lo tanto, que no podamos resistir al deseo de consignar en estos apuntes, ya que no todas, siquiera algunas de aquellas tradiciones, sin que nos lo impida el riesgo de ser acusados de frívolos, ni nos asalta otro temor que el de desnudarlas de su poesía al darles nueva forma.



## LA VIRGEN DE LA CUEVA. (1)

---

Pocos son los viajeros que, deteniéndose, siquiera sea por escasas horas, en Infiesto, dejan de visitar el santuario de la Cueva. Y ciertamente que en ello no andan descaminados, aunque sí por mal camino,—que no es bueno el que allá conduce,—pues aparte de lo piadoso de la visita, lo pintoresco del vallecito en que la cueva se halla situada, la hermosa perspectiva de los montes que la circundan, lo ameno de las riberas del río, cuyas limpias y sonoras aguas atraviesan el valle, y el sorprendente aspecto de la natural bóveda en donde el santuario se halla acurrucado, como el corderillo que busca abrigo contra la tempestad, recompensan sobradamente la pequeña molestia de recorrer un kilómetro de camino, que no mas dista de Infiesto el renombrado santuario.

---

(1) Aunque esta tradicion no está ligada directa ni indirectamente con la restauracion, le damos lugar por ser la visita al santuario de la Cueva complemento casi constante de la visita al de Covadonga.

Mas no todos los que á él llegan, movidos por devocion á la Virgen, ó por mera curiosidad, tienen ocasion de oir la leyenda que una piadosa tradicion conserva respecto á la Santa Imágen que allí se venera, y por eso te la vamos á referir, lector benévolo, y así ella te parezca amena y agradable como nosotros deseamos y á Dios le pedimos.

## I.

Vivia, allá por los años... . mas perdona, lector, que no citemos fecha, pues no la determina la tradicion: bástete saber que desde entonces el sol ha visitado tantas veces el valle de la Cueva, como hojas visten en la primavera sus frondosos árboles.

Vivia, pues, hace mucho, mucho tiempo, en Portugal—hé aquí que la leyenda no determina tampoco la comarca,—un caballero que en lo valiente no hallaba igual en aquellos tiempos en que solo la temeridad ó el heroismo merecian el nombre de valor, tan apuesto y bizarro que su gentileza solo podria compararse con su audacia, tan noble como rico y tan rico como aventurero.

Ponderar su fortuna con las bellas, tarea nos parece escusada, que ahora y entonces, como siempre, aquellas prendas lo son de seguro éxito en el femenino corazon y no hay fortaleza que se resista al

que para rendirla tiene de su parte la fortuna, la hermosura y la audacia.

Siendo esto así, y el caballero por demás aficionado á las hijas de Eva, bien pronto sus aventuras llegaron á ser piedra de escándalo en toda la comarca y no habia padre que no le temiese ó novio que no le celase.

Mas hé aquí que el victorioso hubo de ser vencido, el altanero humillado y el temido temeroso: aquel burlador de las bellas, aquel verdugo de tantas víctimas, llegó á su vez á ser rendido esclavo de una hermosa, que no otros suelen ser los laureles que el travieso rapazuelo de los vendados ojos reserva á los héroes del amor: y era de ver cómo nuestro caballero, que igualara el número de sus victorias al de sus empresas, se trocaba en tímido mancebo ante la señora de su alma, doña Beatriz, su prima, que no sabemos qué hechizos hubo de emplear para convertir en manso cordero al fiero leon. A bien que ¿para qué otros hechizos que aquellos ojos, que por no haber dos soles en el mundo no tienen término de comparacion, aquella cara que á Venus pudiera arrebatár la simbólica manzana y aquel cuerpo en que se unian, en union de esbeltez sin igual, la magestad y el recogimiento de la modestia?

Completa fué la victoria conseguida por doña Beatriz sobre su noble primo, pero no por completa poco costosa, pues de que en lo mas hondo del pecho llevaba clavado dañino dardo, testigos eran, bien que mudos, los árboles del jardin, á cuyo susurro se

de Córdoba, en la esperanza de que el abandono de la ociosidad en que hasta entonces viviera el jóven, las fatigas y peligros de la guerra, el tiempo y el amor, harian de él un hombre juicioso y asentado, única cosa que le faltaba para ser el mas cumplido de los caballeros.

## II.

Si por ventura, ó por desdicha tuya, te hallaste alguna vez enamorado, sensible lector, fácil te será figurarte la estremada alegría que invadió el corazon del caballero cuando su padre le hubo comunicado la noticia del concierto de sus bodas; mas si nunca tu pecho fué presa de amorosa pasion, serian vanos todos nuestros esfuerzos para hacerte comprender hasta qué extremo rayó el júbilo del fogoso mancebo, pues estas cosas se sienten bien pero se esplican mal, de donde se deduce la perfecta inutilidad de que entremos en ponderaciones sobre el asunto y la razon con que, aun á riesgo de que se te ocurra que es esta famosa y fácil manera de salir de apuros literarios, hemos de hacer punto final en el de los trasportes del enamorado mancebo.

Mejor será y mas conducente á nuestro asunto que con nosotros presencias cómo, ataviado con sus

vestidos mas galanes, monta el fogoso bruto que piafa impaciente en el patio del castillo, sujeto por fuerte mano de escudero; cómo luego le aplica el hierro á los hijares, sale en impaciente escape por el puente del castillo y emprende el corto camino que al de doña Beatriz conduce, como nube arrebatada por el huracan.

Muy breve tiempo empleó el caballero en recorrer la distancia que de su amada le separaba, tan breve como largo le pareció á su amorosa impaciencia; que es el tiempo traidor agente, siempre largo cuando nos separa de la dicha y corto cuando el dolor nos aguarda. Pero al fin llegó el caballero á la dichosa morada, besó respetuosamente, y con transportes de gratitud, la mano del noble conde y con él sostuvo cordial conversacion, de que te haremos gracia, lector, no vaya ella á parecerte tan pesada como á los dos enamorados. No dejó de comprender el anciano el deseo de los amantes, y con fútil pretesto abandonó la estancia, dejándolos solos, ó poco menos, pues insignificante compañía es para el caso la de una dueña quintañona que durante la entrevista acompañó las puntadas de su costura con una especie de salmodia, que no dice la historia si fué canto, rezo ó murmuracion, aunque nos inclinan á este último extremo los antecedentes de aquella venerable persona, de quien decian las gentes menudas del castillo que, desde la atrasada fecha en que perdiera las esperanzas de casarse, gastaba un carácter agri-dulce que tenia mucho menos de dulce que de ágrío.

—Con que al fin, hermosa Beatriz, dijo el caballero cuando el conde abandonó la estancia, mi buena estrella me conduce al cielo de mi dicha; con que al fin voy á llamarte mia?

—Tal parece ser la voluntad de nuestros padres, contestó ruborosa la doncella.

Esta frase, pronunciada con acento de marcada frialdad, hizo palidecer al caballero que entre cólerico y apasionado exclamó:—Pluguiera al cielo que nunca tales palabras salieran de esos hermosos lábios á darme muestra de la dureza de tu pecho. ¡Ay de mí, que, tras tanta ventura, vengo á saber que, no al amor, sino á la obediencia, debo tu resolucion. Soñé un cielo y á la vista de él me aguardaba nuevo y mas cruel tormento. Guarda, ingrata, la palabra que á nuestros padres diste, que antes sabré buscar honrosa muerte en la guerra, que acepte tu mano, si con ella no me das el corazon.

—Generoso te muestras, primo, en apariencia, y sin embargo me atormentas.

—¿Atormentada tú por mi causa? ¿Acusado yo de hacerte sufrir cuando sacrifico la vida, que vida es para mí este amor, en aras de tu dicha? Arrancárame tal pasion del pecho, y con ella el corazon, que de otro modo fuera imposible, ya que mi cruel destino quiere que amándote te sacrifique y renunciando á tí te atormente.

—No es el amor, que con tanta vehemencia muestras, la causa del daño que sufro, ni la esperanza de nuestro enlace lo que me atormenta; pero ¿debe estrañarte que no me fie de tus palabras

cuando tantas otras en ellas confiaron para lavar luego con lágrimas sin fin su confianza?

—Apaga en tu memoria, hermosa mía, el triste recuerdo de mi pasado, ya que tu misma oscureciste en mi corazón las luces pálidas de livianas pasiones, como el sol oscurece y mata las llamaradas de los fuegos fátuos.

—De buen grado, dijo Beatriz con triste acento, lo olvidaría todo si no temiese que al trasponer el sol de esa pasión el horizonte estrecho de tu firmeza, reaparecieran aquellas luces, viviendo entonces á costa de mi desventura eterna.

Los juramentos y protestas de eterno amor que el caballero hizo á su prima, cuando vió que esta se defendía ya en débil retirada, las ternezas que adujo para desvanecer su desconfianza, serían dignas de ser cantadas por famoso vate, pero á fé que no se necesitaba tanto para convencer á la hermosa Beatriz, pues siempre es fácil abrir paso al convencimiento cuando el amor tiene la llave de la puerta.

Por nuestra parte confesamos que nos sentimos débiles para resucitar tan sentida conversacion, mucho mas cuando la leyenda anda algo escasa en este punto, sin duda porque los dos amantes nada dijeron de lo ocurrido y en cuanto á la dueña poco pudo saberse de ella, no porque no fuese aficionada á charlar lo propio y lo ajeno, y aun mas lo ajeno que lo propio, sino porque, despues de envidiar un rato la dicha de doña Beatriz, acabó por dormirse y aun se sospecha que por soñar con un cierto escudero que allá en su juventud la requiriera de amores.

Como todo tiene en este pícaro mundo fin y término y la dicha lo halla antes aun que la desgracia, los enamorados vieron llegar el momento de separarse. Momento de solemne tristeza, pues el caballero debía partir al día siguiente para la guerra.

Corrían las lágrimas por las mejillas de doña Beatriz en raudales de amargura y el caballero sentía oprimírsele el pecho bajo el peso de la congoja: veinte veces se habían despedido y otras tantas vuelto á reunirse, hasta que por fin ella, quitándose un escapulario que al pecho traía, llevólo á sus labios besando la imágen de la Virgen, en él estampada, y rociándolo con sus lágrimas: ¡Virgen mia, esclamó, sé tú depositaria de estas lágrimas y de mi dolor, y por ellos y mis oraciones presérvale del furor de sus enemigos... y tambien del de sus pasiones!

Colgó entonces el escapulario del cuello de su amante, y haciendo un violento esfuerzo, huyó á su cámara, dejando al caballero presa de mortal angustia.

### III.

Tres veces los campos habian vestido su manto de esmeralda desde que los acontecimientos referidos tuvieran lugar, cuando ocurrieron los de que vas

á enterarte, pacientísimo lector, si es que no te falta calma para llegar al fin de este capítulo.

Tres años, pues, para hablar lisa y llanamente, habian trascurrido; tres años que tú atravesaste en el tiempo que la vista tarda en saltar de una línea á otra, y que, si bien se mira, no fueron mucho mas largos para los personajes de esta historia; que, en definitiva, los renglones de la vida se leen pronto, y cuando el hombre lo piensa menos da de bruces en el *finis* que en este mundo se determina por la losa fria que encarcela el cuerpo y da libertad al alma.

Era una hermosa mañana de primavera. Dos ginetes corrian á trote largo el camino que desde la frontera de Castilla conducia al castillo del conde, padre de Doña Beatriz, del cual no distaban ya mas de dos leguas. Cabalgaba el uno de ellos, que por distincion iba delante, á pesar de ser muchas las jornadas que del principio de su viaje le separaban, con ese desembarazo propio de quien se halla curtido por las fatigas y espolcado por la impaciencia, y el otro, el mas atrasado en el camino y en importancia, con la resignacion del que está acostumbrado á una obediencia ciega: verdad es que esta virtud se hallaba fortificada, en el caso presente, por la halagüeña perspectiva de un cercano descanso, tanto mas sabroso cuanto que sobrevenia á largas fatigas.

Apesar de que tres años de guerra le habian cambiado mucho física y moralmente, fácil seria reconocer en el primero al héroe de esta leyenda, en

cuyo rostro se pintaban sucesivamente las mas encontradas impresiones. Y era que en su alma batallaban sin descanso la impaciencia de llegar hasta su amada: la alegria del que cree estar ya tocando con la mano el iris brillante de la felicidad; el temor que siempre acompaña al que va á desgarrar el velo que oculta lo desconocido de larga ausencia, y la satisfaccion propia del que ha cumplido con un penoso deber y espera la recompensa.

Y por cierto que para estar satisfecho de sí mismo y de su fortuna no le faltaban motivos. A los gloriosos timbres acumulados sobre su estirpe por cien nobles antepasados, habia él añadido brillantes títulos de gloria, escritos con sangre de infieles y con la suya propia en los campos de batalla: su fama habia alcanzado singular popularidad en los ejércitos cristianos y temeroso asombro en las huestes agarenas, y el monarca castellano habíale distinguido con su amistad y con mercedes sin cuento, entre las que se contaba el señorío de vastos territorios, arrancados del yugo mahometano por el esfuerzo del portugués. Volvia éste, así, mas y mas ennoblecido; con justo renombre de valor heroico; con nuevas riquezas, y con ansias de poner todo esto á los piés de la hermosa Beatriz á cambio de su amor y de su mano. ¡Miserable condicion humana; siempre oculto el dolor tras la grandeza, como el áspid tras de la flor!

—Aprieta la espuela, Nuño, que, por Dios vivo, jurara que el camino se alarga mas y mas á medida que por él avanzamos, gritó el caballero.

—Vaya todo en gracia, señor, ya que esta ha de ser nuestra última jornada, murmuró el otro.

Y con esto pusieron los caballos á mas violento aire, atravesando en pocos minutos la distancia que les separaba de los dominios del conde, cuyos límites por aquel lado se señalaban con una cruz de piedra sobre tosco pedestal levantada. Detuvo allí el guerrero su caballo, murmuró una oracion en accion de gracias, y con semblante alborozado empezó luego á subir la colina, cuya cima coronaba el castillo, formidable masa de piedra que dibujaba su silueta sobre la bóveda azul con aire de soberbia arrogancia. De él pudiera decirse hoy tambien:

«Las torres que desprecio al aire fueron,  
A su gran pesadumbre se rindieron.»

—Anda, Nuño, anda deprisa, que ya se me figura verla sobre el torreón del homenaje, gritó el caballero.

—Reparad, señor, que ya no pueden mas nuestros caballos y van á morir de fatiga antes de llegar al castillo.

—Mueran en buen hora ellos de cansancio antes que yo de impaciencia; y mientras esto decia, acariciaba el ginete el noble bruto, como pidiendo perdon al fiel compañero de guerra de la dureza de sus palabras.

Por fin los dos ginetes alcanzaron la esplanada sobre que el castillo descansaba: ensangrentó el caballero por última vez la espuela y atravesó el tendido puente levadizo cayendo como una exhalacion en la plaza de armas.

Ni un paje, ni un hombre de armas, ni servidor alguno de los del conde se aproximó á tener el estribo y sujetar el caballo, á pesar de que de un lado á otro del espacioso patio discurrían gran número de las gentes del castillo. No hubiera dejado de sorprender esto al recién llegado si su estado de ánimo le permitiera fijarse en tal detalle, pero mas que esto le hubiera sorprendido aun el ver pintada la mas profunda tristeza en el semblante de todos y que todos parecían aturridos y ocupados en dar y transmitir noticias ú órdenes, buscar algo que nadie encontraba, llenar comisiones que á nada quedaban reducidas en último extremo; que reinaba allí, en una palabra, esa agitacion propia de los grandes acontecimientos.

No era hombre nuestro héroe de permanecer mucho tiempo á caballo, cuando ya habia llegado al término de su viaje, esperando ayuda ó acatamiento; así que, prescindiendo de preámbulos, se apeó gentilmente de un salto, sin que á impedirlo fuese parte la armadura, que ciertamente no era de pluma, con que de piés á cabeza se cubria; dejó suelto y abandonado el corcel, y dirigiéndose á un pajecillo que por allí pasaba, bañados los ojos en lágrimas, sin hacer mas caso del caballero que si del mas humilde villano se tratara:—¿Es esta, le dijo, la corte-sía de las gentes del Conde? ¿dónde está tu señor?

Estendió la mano el adolescente señalando la escalera de honor, pero ni se detuvo un momento ni habló una sola palabra: ¿qué habia de hablar el pobre niño si tenia anudada la garganta como un ajusticiado?

Como el forastero no habia reparado en las lágrimas del paje, tentado estuvo á castigar lo que juzgaba descortesía del rapaz, pero la impaciencia venció á la cólera y se avalanzó á la escalera, la cual subió con paso ligero y rostro alegre, que por cierto formaba buen contraste con el cuadro que presentaban las gentes de la casa.

Cuando el recién venido pisó el último escalon, llegaba en su busca una doncella de Beatriz, la cual, ahogada por los sollozos, apenas podia hablar.—Venid, señor caballero, venid apresurado, si no quereis llegar tarde, dijo.

Imposible seria describir el efecto que estas palabras produjeron en nuestro héroe; entonces por primera vez se hizo cargo del extraño aspecto de las gentes del castillo, de las lágrimas del paje y de las de la mujer que le hablaba. Sintió correr un sudor frio por todo su cuerpo y siguió andando silencioso, sin atreverse á preguntar el sentido de las palabras que acababa de oír; tanto le aterraba el misterio que pudieran encerrar.

Así atravesó, conducido por la doncella, varias estancias hasta llegar á la de doña Beatriz. ¡Valiérale mas no haber llegado nunca!

Al lado de una ventana, sentada en gótico sillón de alto respaldo, medio escondida entre almohadones, veíase á doña Beatriz, pálida, ojerosa, transparente de tan delgada, pero como nunca hermosa, pues si ántes era su hermosura la de la gentil dama, era ahora su belleza espiritual hasta el punto de que pudiera creerse que aquel cuerpo no era sino le-

ve envoltura de su alma; pretesto que un ángel escogiera para permanecer algun tiempo más en la tierra, esperando el momento de cumplir celestial mision.

—¡Oh, por fin! murmuró, más que dijo, la doliente Beatriz dirigiendo al caballero una mirada, en que iban envueltas las angustias de tres años; y alzando luego los ojos al cielo exclamó:—¡Qué buena eres, Virgen mia; un momento más y ya la muerte será para mí feliz principio de vida.

—¡Hija, hija mia! sollozó el conde que á su lado estaba.

Entre tanto el caballero no hablaba, ni se movia: diríase que el dolor le habia petrificado dentro de su armadura formando una estatua de mármol y ruido acero, si no se oyesen los fuertes latidos de su corazon y no vagaran sus ojos, con aire extraviado, desde Beatriz á su padre y de éste á su hija.

—¡Cuánto tiempo te he aguardado, dijo esta; cuántas horas pasé sentada en esta ventana interrogando la triste soledad de ese camino!

Y como la moribunda hiciese un movimiento para incorporarse, el caballero pareció volver á la razon tras profundo letargo y, cual si entonces por primera vez presenciara el triste cuadro que á su vista se ofrecia, dejóse caer medio desplomado á los piés de la enferma, produciendo con el choque de las piezas de la armadura contra el pavimento un sordo ruido que resonó fatídicamente en el abovedado aposento:—¡Maldicion! exclamó; los cielos se vuelven contra mí!

—¡Ah, no, no maldigas, por Dios; no desvanezcas la última ilusión de mi vida, haciendo imposible mi postrera felicidad.

Y diciendo esto hizo seña al capellán del castillo para que se aproximase, y continuó:—Sea yo tu esposa en este mundo, siquiera por un momento, para poder presentar en el otro nuevo título para rogar á Dios por tí. Bendecid nuestra union, dijo al sacerdote, y volviendo los ojos hácia el conde, añadió:—Y tú, padre mio, bendícenos tambien.

No nos sentimos con fuerzas para describir la solemne y tristísima ceremonia que entonces tuvo lugar; solo diremos que el rostro de doña Beatriz se hallaba como iluminado por luz celeste; el del conde desfigurado por la angustia, y que el caballero parecia mas moribundo que su amada, tal estaba de pálido y desencajado, cuando el sacerdote unió para siempre con su bendicion dos almas que parecia iban á separarse dentro de breves instantes.

Terminada la ceremonia, doña Beatriz pidió á su esposo el escapulario que en otra ocasion le entregara; tambien en esta lo llevó á sus labios y tambien dirigió una súplica á la Virgen, concebida en estos términos:—Madre hermosa, vela por él para que esta union, que va á interrumpirse en este mundo, sea despues posible en el otro.

Al devolver la sagrada imágen al caballero sintió decaer sus fuerzas de un modo extraordinario, apoyó la cabeza en el almohadon, llamó á sí á su padre y á su esposo, y abrazándolos á los dos, les dijo, con voz tan débil que mas parecia soplo de la

brisa que humano acento:—Adios para siempre.....  
Adios, hasta pronto!

Posó entonces los lábios por primera vez sobre  
la frente del caballero, empleando su último aliento  
en el ósculo de la desposada.

Aquel hermoso cuerpo no era ya mas que la hu-  
mana vestidura que un ángel acababa de aban-  
donar.

. . . . .  
. . . . .

Unas horas despues de la triste escena que aca-  
bamos de presenciar, corria en frenético escape el  
caballero en direccion al castillo de su padre. El  
que hubiera podido fijarse en la horrible espresion  
de su cara se habria espantado ante su aspecto de  
furiosa demencia.

Cuando ya iba á penetrar, sin detener la carrera  
del desbocado bruto, por la férrea puerta, de par en  
par abierta, sintióse detenido por varios hombres  
que á duras penas pudieron contener el furioso cor-  
cel, y que no lo realizaron sin ser arrastrados en los  
últimos pasos del caballo.

Tiempo era ya de detenerle, pues de otro modo  
hubiera atropellado una comitiva que en aquel mo-  
mento iba á salir del castillo.

Sorprendido y confuso quedó el infeliz caballero  
á su vista. Entre dos largas filas de blandones ve-  
nia un sacerdote con una Cruz alzada, detrás un fé-  
retro cubierto de riquísimo paño negro, bordado en  
oro, y en último término unos cuantos clérigos que,  
con voz lúgubre, cantaban el *De profundis*.

—¿Qué es esto? preguntó el caballero con espantoso acento.

—Es el entierro del señor de estos dominios.

Crispó los puños nuestro héroe hasta hacer brotar la sangre de las manos; dirigió al cielo una mirada colérica y amenazadora, y horrible blasfemia iba á salir de sus lábios; pero de repente viósele detenerse, dulcificáronse sus facciones y una lágrima rodó por sus mejillas.

Allá en la bóveda azul habia apercibido encantadora vision. Doña Beatriz, rodeada de una aureola de luz celeste, le tendia los brazos sonriente y le llamaba.

Quedóse suspenso el caballero por unos momentos, apeóse luego del ya aplacado corcel y prosternóse en tierra hasta tocar el polvo con la frente, murmurando:—¡Dios mio, justo es tu castigo! Hágame tu voluntad!

Aquella lágrima, aquella súplica del hombre fuerte, eran la victoria mas alta que el ínclito guerrero alcanzara en su vida. Era la resignacion cristiana venciendo la desesperacion impía.

IV.

Tres meses habian trascurrido. Un hombre, joven aun, pero agobiado ya por el dolor y la penitencia, llegaba al valle de la Cueva, no reducido aun á cultivo y hasta entonces solo visitado por las fieras. Vestia tosco sayal, atado á la cintura con un áspero cordel; calzaba sandalias de cuero, que no bastaban á librar sus cansados piés de los abrojos de la selva, pues traíalos ensangrentados; su cabeza iba desnuda como no fuese de espesa, larga y revuelta cabellera y una barba luenga, en que se pintaban ya los hilos de plata de una prematura decadencia, caía sobre el hundido pecho.

Cuando hubo descubierto la cueva, penetró en ella, con espanto de muchas alimañas que tenian allí su habitacion, y dejóse caer, mas que se sentó, en un saliente del peñasco, que á sus fatigados miembros debió parecer blando cojin.

Del agrado del caballero—¡aquel era el héroe de esta historia!—debió ser el abrigo de aquel peñasco, pues en él se estableció y vivió muchos años, entregado á tan áspera penitencia, con vida tan ejemplar, que mereció del Cielo que un día se le apareciese la misma Madre de Dios y le entregase una imagen suya, que es la que se venera hoy en el Santuario.

De cómo se construyó este y la habitación que en la misma cueva existe, dice la leyenda, que un día el señor de Lodeña, persiguiendo á un javalí, entró en la hoquedad en donde vivía el noble caballero portugués, el humildísimo ermitaño. Contóle esta su historia al llegado y al terminarla arrojáronse el uno en brazos del otro. ¡Habían sido compañeros de armas!

Entonces á espensas del señor de Lodeña se construyeron el Santuario y la habitación, pero es fama que el portugués, si bien permitió que esta se hiciera, no llegó nunca á habitarla. Había prometido no dormir bajo techumbre.

¡A tan menguada situación llegó aquel noble, aquel rico, aquel héroe! ¡A tan sublime estado se elevó aquel miserable pecador!

Grandeza humana ¿qué eres?



## PIALLA

---

### I.

Sucedía esto que vamos á referir por los años de setecientos y pico. Andaban por entonces las cosas de España tan revueltas que, á pesar de ser la historia de esta nacion especie de kaleidoscopio de turbulencias, guerras, conquistas y rebeliones, es aun aquella época escepcion notable por lo extraordinario de los acontecimientos que en ella tuvieron lugar.

¡Pues era casi nada lo que pasaba! Los godos, que habian venido muy á menos, como viuda de brigadier, y se ocupaban mas en satisfacer sus vicios y pasiones que en renovar marchitos laureles y atender al servicio de la patria, hubieron de dejar, cierto día, abierto un portillo allá en las costas meridionales y el Africa entera se nos habia metido en casa, como Pedro por la suya, sin pedir permiso á nadie y aun atropellando en Guadalete á los dueños de ella.

La media luna, como los gallos victoriosos, subióse á los puntos mas altos y erguida en torres y campanarios dominó el país. A su aspecto, los antiguos señores de España tomaron distintos partidos, pues mientras unos, prefiriendo la espatriacion al yugo agareno, huyeron á tierra de francos, para combatir allí á los vencedores, otros, los políticos de entonces, se acomodaron al *nuevo orden de cosas*, gozando en él ventajas relativas, á cambio del respeto, siempre productivo, á los hechos consumados.

Algunos, los ménos, refugiáronse en las montañas del Norte, esperando hacer de ellas último baluarte de independencian nacional, ó acaso sin esperanza alguna, pero no queriendo abandonar la patria, siquiera la patria no fuese mas que un risco.

Entre estos se contaba y sobresalia D. Pelayo que, cual ningun otro, alimentaba en el pecho la llama del patriotismo y no admitia como pensamiento ó propósito, digno de su régia estirpe, otro que el de salvar á España ó morir por ella.

Trabajaba con tan noble intento en organizar la resistencia en la entonces microscópica patria; mas como juzgase, con razon sobrada, que los elementos de ella eran asaz menguados para tan alta empresa, andaba intentando un alzamiento en las comarcas ya sometidas, á cuyo efecto hacia frecuentemente lejanas escursiones, favorecido por el descuido de los conquistadores que, como no viesen cosa que pudiese inquietarles en su dominacion, dormian tranquilamente sobre sus laureles.

En una de estas escursiones se hallaba D. Pe-

layo cuando un aviso amigo fué á notificarle que su presencia en Astúrias era indispensable, pues corria aquí peligro lo que mas que la vida le era importante, dado que de su honra se trataba. Y vea el avisado lector cómo asoma ya, por donde suele, la *ella* de nuestra historia, para que nunca falte, ni aun en los asuntos mas viriles, siquiera de negocios de héroes se trate, una *ella* causa del suceso ó motor de la trama.

La que á D. Pelayo puso en aquella sazón en grave aprieto y apresurado viaje de retorno, no fué otra que su hermana Ormesinda, cuya hermosura habia sido, en mas felices dias, encanto de la corte de Rodrigo, allá en Toledo, y era hoy codicia de Munuza, gobernador de Gijón, y guerrero árabe de gran valía y altos hechos, por mas que no falte algun cronista que no quiera ver en él mas que un godo acomodaticio para quien debia ser detalle insignificante, cuando de mandar se trataba, ostentar una cruz al pecho ó abrazarse á la media luna. ¡Mereciera el tal, si así fuese, ser hijo del siglo de las luces!

Curioso seria averiguar si el peligro que el honor de la doncella, y de rechazo el de D. Pelayo tambien, corrian en aquel entonces, provenia de que Munuza, dando al traste con delicados sentimientos, intentara aprovechar su omnímoto poder y lo desvalida que Ormesinda se encontraba, para llevar á término sus apasionados intentos, aun favoreciéndolos con la fuerza, ó si se originaba de que al fin la hermosa dama, siguiendo el ejemplo de Egilona, habia dejado penetrar en su pecho amorosa y crimi-

nal pasion, minando así la fortaleza de su virtud y poniéndola en riesgo de ser derrumbada.

Acaso él solo tenia la culpa, pero no te aconsejaríamos, lector amigo, que pusieras la mano en el fuego para responder por la hermosa, que al fin y al cabo si fácil es que la pasion haga olvidar á los hombres lo que la delicadeza y el honor imperiosamente reclaman de todo pecho noble, moro ó cristiano, no es menos frecuente, por desgracia, que triunfe en las mujeres el amor del deber. ¡Gran dato seria, para salir de dudas, tener noticia de si Munuza era mozo apuesto y gentil!

Pero como nada de esto sabemos, ni tenemos otro medio alguno de averiguar la verdad del hecho, suspenderemos el juicio ó echaremos la carga al gobernador de Gijon, que en definitiva siempre fué cosa corriente lo de «á moro muerto gran lanzada.» Imitaremos en ello á D. Pelayo, el cual, enterado que fué del amistoso aviso, maldijo sin mas preámbulos, y á buena cuenta, al enamorado árabe y con él á todos los que pasaron el estrecho de Gibraltar, y sin cuidarse de mas detalles que de los relativos á su inmediato retorno, se dispuso á volver sin pérdida de tiempo, pensando de seguro, que fuese cualquiera la causa del peligro que se le avisaba, lo importante era llegar pronto á Gijon, ya para sacar á Ormesinda del tiránico poder del musulman, ya para librarla del no mas débil del amor.

## II.

No te obligaremos, lector paciente, á seguir á D. Pelayo en su apresurado, pero no corto ni cómodo viaje, no sea cuento que por no añadir tal fatiga á la que acaso te haya causado ya la lectura de este libro, des al traste con él y lo lances por la ventanilla del coche en que te supongo de viaje, camino de Covadonga, dejándonos á nosotros en amargo desconsuelo por no poder referirte los peregrinos sucesos de que, si sigues leyendo, te habremos de enterar mas adelante, y á tí sin distraccion ni guia en tu expedicion. Así, pues, será mas acertado que, caminando en alas del pensamiento, sin baches, polvo, humo ni calor, por ser este el mas cómodo sistema de locomocion que haya podido inventarse, atravesemos unos cuantos dias, y no pocas leguas, viniendo á tiempo de presenciar la llegada de nuestro héroe á las cercanías de Gijon.

No penetró este desde luego en el pueblo, antes bien albergóse cautelosamente en una choza situada en paraje solitario, próximo á la villa, en donde se ocupó, como hombre precavido, en los preparativos indispensables para llevar á término los proyectos que acariciaba y cuya realizacion habremos de presenciar.

Pero cuando ya los dorados rayos del sol habian besado amorosamente las cumbres mas altas del horizonte, despidiéndose de la tierra como el amante que, al partir, besa la frente de su amada; cuando las estrellas empezaban á titilar por entre los giros de negros celajes, que cual turba de fantasmas corrian en confuso tropel por la celeste bóveda; cuando ya las sombras de la noche habian convertido en pardas y borrosas masas los antes risueños campos, hecho enmudecer los pájaros, llevado al medroso corazon el terror que convierte el manso murmullo del arroyo en pavoroso ruido, los batanes en encantadas cavernas, los árboles en fantasmas, en mónstruos los animales y dado á la imaginacion fuerza creadora para poblar la tierra y los espacios de trasgos, duendes y endriagos; cuando, en una palabra, que si hubiese venido antes á la pluma nos ahorraria no pocas líneas, habia oscurecido ya, penetró D. Pelayo, seguido de su escudero, por las entonces tortuosas, estrechas y súcias calles de Gijón.

Poca distancia habia recorrido el noble guerrero cuando llegó á una prolongada tapia, por encima de la cual sobresalian empinados álamos que, como enormes gigantes á quienes estuviese encomendada la guarda de la mansion, dibujaban su silueta en confuso perfil sobre el negro celaje. Escaló D. Pelayo la pared sin preocuparse, de seguro, ni por un momento, de cómo los acontecimientos de la vida ponen á veces á los hombres en trance de llevar las mas nobles empresas por las mismas desusadas vias en que los criminales emprenden sus mas perversos

intentos. No de otro modo hubiera asaltado el jardín si en vez de ir á salvar la honra de su hermana fuese con ánimo de sumir en deshonor á la mas virtuosa doncella.

Atravesó nuestro héroe con paso apresurado y cauteloso el poco estenso jardín, llegó á un postigo de la casa que en el fondo se levantaba, sacó una llave de la bolsa que pendia de su ciuto, abrió sigilosamente y, seguido del escudero, como de su sombra, penetró en la morada de Ormesinda que, noticiosa ya de su regreso, impaciente le aguardaba.

Por desgracia de los dos hermanos, y afortunadamente para el interés de este verídico relato, las precauciones de D. Pelayo no habian sido tan eficaces como él creyera, pues desde que á la tapia llegó hasta que hubo penetrado en la casa, fué objeto de tenaz observacion por parte de un hombre que, recatándose en la sombra de la pared, siguió con marcado interés las operaciones de nuestro héroe. Envolvian casi por completo, al que espiaba, albornoz y turbante blancos, tenia arrogante talle, movimientos bruscos y ligeros como los de un tigre y rostro negro, tan negro que, á no brillar sus ojos como dos áscuas, formara parte de las tinieblas de la noche.

Era un esclavo de Múnuza, apostado, no sabemos si por los celos de su dueño ó por el temor de éste de que Ormesinda huyese. Apenas aquel vió cerrarse la puerta tras el escudero, encaminóse apresuradamente á la fortaleza del gobernador.

Cuando D. Pelayo hubo llegado á la presencia de

su desdichada hermana, abrazóle ésta con marcadas muestras de fraternal cariño y bañado el rostro en llanto. Quizá era manantial de aquellas lágrimas una ilusion perdida y hasta entonces acariciada; quizá las hacia brotar la reaccion del deber, próximo ya á sucumbir ante la pasion y de súbito fortalecido por inesperado medio: acaso eran desahogo del alma al verse libre de un inminente peligro. ¿Nacian en la cumbre de la inocencia? ¿brotaban del abismo de culpables intentos? Corazon humano, ¿quién podrá alabarse de conocerte?

—Pelayo, hermano mio, exclamó Ormesinda; Dios te envía!

—A El demos gracias, replicó Pelayo entre severo y cariñoso, por haber permitido que llegase á tiempo; pero no lo es este, añadió, de inútiles lágrimas y cariñosos trasportes. Huyamos pronto, y que la luz del sol no nos encuentre en estos lugares de peligro para tu honra y mi vida, mas preciosa hoy á mis ojos que por ser mia, por debérsela á la patria.

—Infeliz patria é infelices nosotros tambien, dijo con doliente voz la hermosa.

—Tal vez la desgracia de España no es aun irremediable; acaso no cayó sino para levantarse mil veces mas gloriosa y redimida de sus culpas, replicó el noble guerrero con acento solemne.

—Insensatas habrian de parecerme tus esperanzas si no fuesen tuyas.

—Si son insensatas, por lo menos nunca dejarán de ser halagüeñas para mí; pues antes vendrá la muerte que la realidad á desvanecerlas. Pero aten-

damos ahora á lo que por de pronto mas importa.  
¿Estás prevenida para la marcha?

—Solo tus órdenes aguardo.

Momentos despues abríase la puerta principal de la casa, y silenciosos, como sombras de la noche, salieron Ormesinda, D. Pelayo y su escudero y empezaron á caminar por los sitios mas sombríos, recelando del mas ligero ruido, atentos al mas insignificante accidente y puesta la mano D. Pelayo en el puño de la espada y el escudero con la suya desenvainada.

Bien pronto hubo de conocerse que no eran escusadas estas precauciones. El esclavo de Munuza, que presenciara como el guerrero cristiano y su servidor habian penetrado en casa de Ormesinda, temeroso de que en su ausencia pudiera acontecer algo extraordinario, dió orden en nombre de su señor, á tres hombres de la servidumbre de este, de que guardaran la casa y no consintieran, aun á costa de su vida, en que saliese la hermosa cristiana.

Así, pues, aun los fugitivos no habian recorrido sino muy corta distancia, cuando vieron destacarse de la sombra, é interceptarles el paso, tres hombres vestidos á usanza mora y con las cimitarras desenvainadas.

—No deis un paso mas, dijo uno de ellos con enérgico acento, ó, así Alá me asista, será el último de vuestra vida.

No era muy ducho en lengua árabe D. Pelayo; sin embargo, entendió lo que le decian, no solo porque empezaba ya á comprender el idioma que

habia de hablarse durante muchos siglos en la mayor parte de España, sino tambien porque, á la verdad, la actitud de los interpelantes no era de las que dejan lugar á dudas.

Sintió aquel que la ira hacia subir la sangre al rostro, aperebióse para la defensa, y con voz ronca dijo: Ya veremos si yo doy el último paso ó tú has hablado la postrer palabra, perro infiel; y dirigiéndose al escudero, añadió: encárgate tú de uno y deja al filo de mi acero ajustar las cuentas con los otros dos.

Trabóse entonces mortal lucha; relampagueaban las armas al choque de los aceros y las miradas al de la ira, y aquellos hombres, escitados por el odio personal y el de raza, olvidados de todo afecto que no fuese el espíritu de destruccion, convirtiéronse en fieras sedientas de sangre.

Hizo frente uno de los moros á D. Pelayo, otro al escudero, y el otro, aprovechando la ocasion de no poder impedirlo los cristianos, dirigióse á Ormesinda y, á pesar de la resistencia de esta, levantóla del suelo entre sus brazos y echóse á andar apresuradamente al castillo de Munuza.

Cuando D. Pelayo se aperebió del peligro que su hermana corria, redobló sus esfuerzos para desembarazarse de su enemigo: defendíase y ofendia este con bravura, pero aquel tenia de su parte su estatura casi gigantesca y una fuerza hereúlea. Varios golpes se habian asestado ya ambos contendientes sin llegar á herirse, pero como nuestro héroe pensase que prolongar la lucha era hacerla

inútil, aun venciendo en ella, dado que el raptor de su hermana podría ponerla pronto fuera de su alcance, se decidió á jugar el todo por el todo y á trueque de quedar descubierto, alzó la espada con ambas manos y descargó un terrible tajo sobre su adversario.

Por fortuna, ni la cimitarra con que el moro trató de librar el golpe, ni el casco, envuelto en blanco turbante, con que cubria su cabeza, fueron bastante á librarle de tan furioso mandoble, y la espada de D. Pelayo abrió ancha brecha en la cabeza del infiel, por donde escapó su vida envuelta en borbotones de sangre. Corrió entonces el vencedor tras del que huía con Ormesinda: alcanzóle al final de la calle: hundió la aun humeante espada en el cuello del raptor, y cogiendo á la jóven, medio desmayada, entre sus fuertes brazos, volvió al sitio en donde aun luchaba el escudero con su adversario. Al apercibirse este de que iban á ser dos sus contendientes, pensó sin duda que es muy mas aceptable que el mundo diga, «aquí huyó un prudente, que aquí murió un temerario,» y dióse á correr como quien á diferencia de Aquiles, solo es invulnerable por los talones.

—A tiempo llegaste, señor, dijo el escudero exhalando un suspiro de mas que mediana satisfaccion y descanso, que el moro, á pesar de no beber vino, no tiene sangre de chufas en las venas, ni puños de manteca.

Como Ormesinda se hubiera repuesto un tanto del susto y recobrado parte de sus fuerzas, echaron

los tres á andar, apoyada ella en ellos, llegando en esta forma á la cabaña en donde Pelayo habia pasado algunas horas del dia. Montaron en tres caballos que apercebidos tenia la prevision del caballero y salieron en precipitada marcha; en la que los dejaremos ir, en tanto que descansamos nosotros de las fatigas del capítulo y tú, lector, de la monotonía del libro. Afortunadamente, si quieres distraerte, no necesitas mas que tender la vista al paisaje, que siendo de Astúrias y camino de Oviedo á Cova-longa no puede ser sino ameno y agradable.

### III.

Tenemos como cosa indudable que nuestros lectores, aun sin necesidad de que se lo juremos, habrán de creer que los caminos de España se hallaban en pésimo estado en la época de nuestro relato. Y por cierto que, al consignarlo así, no nos proponemos, Dios nos libre de ello, hacer agravio á la memoria de aquel ilustre moro que desempeñó la cartera de Fomento en los primeros años de la conquista árabe; tanto mas cuanto que damos por seguro que si algun diputado se hubiese permitido interpelar al gobierno sobre el asunto en el Congreso, no hubiera dejado el ministro de probar, con gran mayoría de votos, que el daño provenia del desba-

rajuste de anteriores situaciones. Con esta ocasion los periódicos ministeriales pondrian al gobierno en los cuernos de la media luna; los órganos del partido caido, si por casualidad alguno habia librado de las garras del fiscal, dirian que lo que pasaba era un escándalo inaudito; sufririan estos, con tan plausible motivo, una denuncia; las cosas se quedarian como estaban y hasta la primera.

Pero claro está que nada de esto sucedió, por la razon sencillísima de que entonces no se estilaban Córtes, ni diputados, ni interpelaciones, ni periódicos, ni censores, ni prensa, ni opinion: lo que sí se estilaba ya, y en esto somos aun hoy muy tradicionalistas, era tener malos caminos y hasta no tenerlos.

Aquella falta de buena administracion, la lluvia torrencial que á intervalos caia, la debilidad de Ormesinda tras de tantas y tan penosas impresiones, y el hallarse el caballo de D. Pelayo y el del escudero resentidos de su penoso viaje, hacian que nuestros fugitivos corriesen menos de lo que á sus deseos cuadraba y á su seguridad convenia.

Esto no obstante, como ya se encontraban, cuando volvemos á ponerlos en escena, á cinco leguas de Gijon, no les restaba recorrer sino dos para hallarse en terreno donde la media luna no habia penetrado aun y la seguridad de los viajeros, seria, por lo tanto, completa, y por otra parte la luz del dia habia venido ya á facilitar la marcha, la tranquilidad se iba derramando, como suave bálsamo, por su atribulado ánimo, con lo que renacia la alegria en todos y mas expansivamente que en ninguno, en el escu-

dero, el cual usando de la confianza que con su señor tenía, y á que le daban derecho, su fidelidad y buenos servicios, empezaba á bromearse, en los intervalos en que la lluvia no le remojaba la palabra á costa de aquellos tres moros que en tan grave aprieto les pusieran.

—Quisiera yo saber, decia, qué contará á estas fechas al zancarron de Mahoma aquel gandul á quien aplicaste, señor, tan buena untura de bálsamo de hierro, al esplicarle el motivo y causa de su viaje á los infiernos, en donde ambos deben encontrarse gozando el premio de sus virtudes.

—Le esplicaré sin duda, buen escudero, contestó Pelayo con aire de burla, el miedo que pasaste en aquella sazón y el mucho tiempo que hacia, cuando él se despidió del mundo, que batallabas inútilmente con tu adversario; y aun es posible que, calculando el éxito del combate por las malas trazas que en él te dabas, estén preparando tu recibimiento en aquellas regiones.

—Por lo tocante á la espera, que sea por muchos años; en lo del miedo no me adulas, y eso que algunas pruebas tienes de que tambien por acá solemos sacar los piés de las alforjas en punto á dar y recibir cintarazos, murmuró el escudero con visible mal humor.

—No te enfades, amigo burlón, que bien sé que, por mas que tengas mas aficion á ver correr el vino que la sangre, cuando es preciso cumples con tu deber, y aun mas allá llegas si se trata de defender á tu señor.

Pintóse de nuevo la satisfaccion en la cara del escudero y se preparaba ya á tornar á las andadas en lo de bromearse, cuando una exclamacion de terror de Ormesinda hizo volver la cara á D. Pelayo y á su servidor y seguir con la vista la mirada de aquella, fija, con marcada espresion de espanto, en un recodo del camino que á lo lejos se divisaba.

—¡Satanás me confunda si no son ellos! gritó el escudero.

—Dios de bondad, socórrenos, exclamó Ormesinda.

—Apretemos la espuela, dijo D. Pelayo, y que Dios nos asista; acaso los ginetes que se descubren no vengan en nuestra persecucion.

Y en esto avivaron la marcha hasta poner los caballos al galope. Por desgracia un accidente imprevisto vino al poco tiempo á aumentar el peligro. Hallábase el camino que seguian cortado por una zanja y Ormesinda, que iba delante, no se apercibió de ello, viniendo á caer en el hoyo, sin grave daño suyo, pero lastimándose la cabalgadura hasta el punto de no poder continuar la marcha.

Si realmente los ginetes, cuyas blancas vestiduras se veian flotar á lo lejos, eran sus perseguidores, la salvacion se habia dificultado de un modo extraordinario.

Por desdicha los que venian no eran otros que Mmuza y los suyos, cuya presencia es bien fácil de esplicar.

Apenas el esclavo que espiaba la casa de la hermosa cristiana, hubo asegurado la guarda de ella,

corrió al castillo de su señor, á quien se hallaba explicando lo sucedido, cuando llegó el único de los tres servidores de Munuza que habia logrado salvarse en el combate con D. Pelayo y su escudero, y refirió el resultado de la lucha. La rabia del enamorado gobernador, al oír nuevas tan fatales á su pasión, llegó hasta la locura y tambien hasta las espaldas del mísero mensajero, á quien, por ser el último mono, se aplicaron, por fallo del feroz caudillo, no pequeño número de azotes.

Como Munuza era hombre muy acostumbrado á la administracion de justicia, los procedimientos del proceso, reducidos en último término á escuchar la voz de la ira, no le robaron mucho tiempo: así que al punto estuvo en disposicion de dictar las órdenes precisas para poner en marcha veinte ginetes, los mas ligeros de su servicio, á cuyo frente habia de partir él mismo en persecucion de su amada.

Poco duraron los preparativos, pero sin embargo, el tiempo empleado en ellos, unido al que se perdió en ponerse sobre la pista de los fugitivos, fueron bastante para que estos tomaran la delantera que les permitió llegar al punto en donde en gran embarazo los dejamos.

Su situacion era en extremo crítica. El escudero propuso que su caballo sirviese para Ornesinda, escondiéndose él en el vecino monte; pero la caida no habia dejado á la jóven en estado de emprender sola la violenta carrera á que iban á encomendar la salvacion. D. Pelayo no podia llevarla consigo, porque su solo peso era ya excesivo para el caballo que

montaba, á pesar de ser de excelente raza; así, pues, no quedó otro recurso que hacer que Ormesinda fuese llevada á la grupa por el fiel servidor.

Pero á todo esto, habíase perdido mucho tiempo y la tropa árabe se veía ya á una distancia corta. Empezaron los perseguidos á correr en carrera desesperada; D. Pelayo y el escudero no espoleaban ya los nobles brutos, sino que llevaban la espuela constantemente hundida en los ensangrentados hijares. Todo era en vano: cada vez la distancia se estrechaba mas y mas: en cada momento la situación de los fugitivos se hacía mas difícil: aquello no era ya una carrera, era un huracán cuya violencia solo podría hallar término de comparación en la desenfrenada pasión de Munuza ó en el coraje impotente de Pelayo.

—¡Virgen mía! murmuraba Ormesinda, socórrenos.

—¡Señor! ¡señor! ya nos alcanzan, gritaba el escudero con visible sobresalto.

—Vive Dios, replicaba D. Pelayo, que no será sin que á alguno le cueste la vida.

Ya solo tres ó cuatro cuerpos de caballo separaban al primer jinete árabe, que no era otro que el mismo Munuza, de los cristianos, cuando llegaron á un punto donde repentinamente se unían el camino y el río. A su inesperado aspecto, y como las crecidas aguas, que allí formaban un salto, produjesen un sordo ruido, el fogoso corcel del mahometano, sobrecogido de espanto, hizo una repentina huida de costado, tan rápida, que el caballero, sin

que sus excelentes condiciones de ginete fuesen parte á estorbarlo, salió violentamente de la silla y, como despedido por una catapulta, fué á rodar á algunos pasos de distancia.

Oyóse entonces una rabiosa exclamacion del caudillo árabe; el espantado animal huyó lleno de terror, y los servidores de Munuza se arremolinaron en confuso tropel en el lugar de la ocurrencia.

—¡Un caballo! ¡un caballo! gritó Munuza á los suyos, sin atender á que la sangre brotaba abundante de su herida cabeza: y vosotros, añadía con gran furor, vosotros ¿qué haceis ahí? Corred tras ellos, y ¡ay de todos si se os escapan! Ni uno ha de quedar con vida si no me traéis la que, al huir, se lleva la mia. Pero ¿por qué estais parados, miserables? Y diciendo esto el feroz caudillo, el que arrogante amenazaba, cayó desmayado en brazos del esclavo á quien ya conocemos.

Parte de los moros emprendieron de nuevo la persecucion, pero los fígitivos habíanse adelantado gran trecho y de nuevo renacia en ellos la esperanza.

—Ya dista poco el puente, y despues que lo atravesemos estaremos en seguridad, pues nada mas fácil que impedir que le pasen, quitando algunas de sus tablas, dijo D. Pelayo.

—Además, replicaba el escudero, no se meterán ellos en la selva. ¡Ojalá se metiesen; ni uno solo habia de quedar para contarlo: ¡perros! ¡malditos! ¡canallas! ¡moros!

Aun un esfuerzo mas y alcanzarian la tierra de

su entonces única patria y con ella la vida y la honra tan amenazadas. Pero aun no era llegada la hora de salir de angustias: todavía nuevos sobresaltos, mayores peligros les aguardaban. De nuevo, y á corta distancia aparecieron algunos soldados de Mmuza.

—Acaso tengamos tiempo de pasar á la otra orilla, gritó á su aspecto D. Pelayo; pero apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando una exclamacion de suprema angustia se escapó de sus lábios.

El rio, en espantosa crecida, se habia llevado el puente.

No parecia sino que el espíritu del bien y el del mal se disputaban la direccion de los acontecimientos, ó que la fatalidad, como ciertos animales feroces, se complacia en dejar escapar momentáneamente del peligro á nuestros personajes para gozarse despues en hacerles caer de nuevo en otros mas inminente. El que ahora corrian parecia esceder en intensidad á todos los anteriores: á su izquierda una colina, de espesísimo matorral cubierta, les cerraba completamente el paso; por la espalda sus enemigos les perseguian de cada vez mas enfurecidos y obstinados; á su frente y por la derecha el rio cerraba el camino.

Difícilmente el que contemple el Piloña en su normal curso puede darse idea de la líquida barrera que cerraba entonces el paso á los fugitivos. No era aquello un rio, no era siquiera un torrente, era la locura de un elemento desbordado, el génio de destruccion que cual gigantesca serpiente se arrastraba

por la tierra, abriendo y ahondando una sima por donde precipitarse en los abismos.

Las claras y cristalinas linfas trocáranse en turbias oleadas de oscuras é impuras aguas que, ya se precipitaban con atronador empuje, ya se retorcian en furioso torbellino, coronado de súcia espuma, como si la ira del maligno génio escupiese la baba á la superficie. Gruesos maderos, árboles descuajados, restos de viviendas humanas, cadáveres de inofensivos animales, muestras de todo género de destruccion, eran arrastrados por el demente rio, como clara señal del mal ya hecho y elocuente amenaza de nuevo y mayor estrago.

—No importa, no importa, gritaba D. Pelayo, cual si estuviese apoderado de ciego frenesí: los hombres nos persiguen, los elementos nos detienen; no importa, la honra y la patria lo exigen. Todos contra mí, pues yo contra todos.

Y así diciendo echó su caballo á la turbia corriente como un loco, ó como un héroe.

¡Cuál sería su alegría al ver que el caballo no era cubierto por las aguas ni por ellas arrastrado, sino que las atravesaba con paso difícil pero seguro!

Entonces en alta y alborozada voz gritó:—Adelante, buen escudero, adelante, que mi caballo *pié halla*.

Pasó el escudero con la hermosa Ormesinda: detuviéronse aterrados los infieles.

Así se salvaron de una vez la honra y la vida de Pelayo y la honra y la vida de España.

---

El vado aquel llámase hoy de *Pialla*, contracción de pié halla y puedes verlo viajero, á tu izquierda, al salir de Iruesto en dirección á Covadonga, cuando hubieses andado doscientos metros.

Cualquiera persona á quien te dirijas te lo ha de enseñar; pues no hay ningun habitante del pais que no conozca el vado y su tradicion.

Acaso la etimologia no te parezca muy científica, pero no intentes convencer de su falsedad á un solo aldeano de los contornos. Perderias lastimosamente el tiempo.



## D. OPPAS Y EL MOLINO DE LA ROEDORIA.

---

Resonaba la falda del Auseba con el estruendo de las armas; el estrecho valle de Covadonga veíase convertido en teatro de sangrienta lucha; los montes que le circundan repetían con siniestros ecos el maldecir de los vencidos y los gritos de triunfo de los vencedores. Allí chocaban con pavoroso estruendo dos religiones, dos razas, la ambición de los unos y la justicia de los otros, con el encarnizamiento propio de los acostumbrados á la victoria constante y los que defienden ya el último baluarte que sostiene las santas creencias, la familia, la libertad y la vida: reñíase la batalla de Covadonga.

Las huestes agarenas tenían de su parte la enorme diferencia del número, la fuerza del aguerrido, la confianza propia de los que en Africa, en Asia y en Europa habían paseado sus armas triunfantes, como torrente que nada detiene, conquistado tantas comarcas, que la extensión del mundo llegara á parecer pequeña á su ambición; pero ayudaba á los cristianos su posición ventajosa, la justicia de su causa, la fé y, sobre todo, la clemencia divina.

Por todas partes los moros se veían estrechados, por todas agredidos; las armas de sus enemigos, las suyas propias, los desgajados árboles, los peñascos desprendidos, la tempestad embravecida, las montañas desquiciadas; los hombres, la tierra y los cielos; todo, todo salía de su centro contra la maldecida gente, todo se levantaba contra el impío bando.

Así, los que en poco mas de un año conquistaran y avasallaran la España entera, viéronse detenidos en su último paso, vencidos en el postrer combate, acuchillados por un puñado de hombres, único resto de la monarquía goda. Ya que no el honor de las armas, quiso el ejército agareno salvar la vida con la fuga: inútil empeño; huir no era salvarse, era trocar las heridas del pecho por las de la espalda, añadir á la muerte la vergüenza.

Entre los destrozados restos de aquel ejército huía tambien un hombre que por sus vestiduras y sus armas, su aspecto general, su color claro y sus cabellos y barba rubios, en lo que no eran blancos, se distinguía de los demás y mostraba no ser de la misma raza que sus compañeros de desgracia. Cabalgaba en poderosa mula y bien pronto esta ventaja le hubiera puesto fuera del alcance de los vencedores, si contra él no se hubiera levantado tambien el furor de los que huían.

—¡Perro infiel! decían unos al verle pasar.

—¡Este traidor tiene la culpa! exclamaban otros.

—¡Muera el infame que aquí nos trajo! gritaban estos.

—¡Muera! asentían los demás.

Y todos le injuriaban de palabra, y los mas próximos añadian á la injuria los golpes, con que bien pronto pudiesen fin á su vida si la necesidad de acudir á la propia salvacion no se sobrepusiese en los agresores á los consejos de la ira y el deseo de venganza.

¿Quién era aquel hombre cuya desgracia le habia conácido al trance de ser perseguido á muerte por los unos y atormentado furiosamente por los otros? Quién era aquel infeliz que no participando de la victoria, no era admitido tampoco en la comuna desdicha de los vencidos? Aquel era el traidor á la religion, el traidor al sacerdocio, el traidor á la patria; aquel era el tres veces parricida; era el obispo D. Oppas que venia á pagar en Covadonga la felonía de Guadalete, como si Dios quisiera que allí donde daba principio la salvacion de España, se consumase la perdicion del mas infame de sus hijos.

Pronto nubo de convencerse aquel desdichado que su muerte era segura á continuar huyendo entre los moros y, apelando á un postrer recurso, se apeó de la mula y empezó á subir la ágría pendiente de una montaña que á la izquierda del angosto valle se levanta. Pareció por un momento que la suerte se volvia en su favor, pues presto se vió libre de enemigos, y pudiera respirar con mas tranquilidad, si fuese dado hallarla alguna vez al que lleva agobiada el alma por el peso del mas horrendo de los crímenes.

Cuando se halló D. Oppas en la mitad de la ladera, sentóse sobre una peña rendido de cansancio y

llena el alma de espanto ante su propia obra. Hallábase colocado entre dos tempestades. La que levantara la ira humana bramaba á sus piés, de cada vez mas embravecida. Del fondo del valle subia el confuso rumor producido por el chocar de las armas, los lamentos de los heridos, los últimos ayes de los moribundos, la voz de los caudillos victoriosos que escitaban á las masas á mayor estrago, los gritos entusiastas de los hombres de armas que no veian satisfecho su furor ni aun anegado en sangre.

Encima de su cabeza el estampido del trueno rodaba de una en otra nube con tan horrible estruendo, que no parecia sino que la cólera divina hubiera desquiciado las celestes esferas y, fuera de la obediencia de las eternas leyes, chocasen unas con otras en pavoroso combate. En cada momento la luz cárdena del rayo abria simas sin fondo en aquellos negros celajes que hicieran noche de las horas del dia.

Pero tanto como en el cielo y en la tierra, rugia la tempestad en el alma de D. Oppas, cuyas tinieblas eran tambien alumbradas por la luz del remordimiento, en la que se levantaba, aun mas fuerte que la del trueno, la voz de la conciencia; allí luchaban la ira del ambicioso abismado en la desgracia, el terror del perseguido á muerte, los recuerdos del brillante pasado y la contemplacion del implacable presente.

Así hundido en el infierno de sus propias culpas permanecia el traidor, cuando el ruido de gentes, que á paso largo se aproximaban, vino á sacarle de las

desgracias de su imaginacion para ponerle frente á frente á las de la realidad. Eran los que llegaban montañeses asturianos que corrian á cortar la retirada á los fugitivos.

A su vista D. Oppas dióse otra vez á la fuga, en la esperanza de poder esconderse de nuevo, ó de salvarse en último caso por el incógnito. Por desdicha suya el que mandaba aquellas gentes era un antiguo caudillo que se habia hallado con él en Guadalete y negándose á volver sus armas contra el ejército godo; el cual, al verle, y como le hubiese reconocido, exclamó:

—¡D. Oppas, Dios lo quiere! ¡Ah traidor; huye, huye en busca de los moros; llámalos á ver si te acorren y te libran del filo de mi espada. Y diciendo esto y animando á los suyos redoblaron todos la persecucion.

Huia penosamente D. Oppas por la empinada cuesta, abrumado con el peso de la armadura, con el de su fatiga y el de los años. De cada vez su paso era mas lento, y la respiracion mas anhelosa, y el desfallecimiento mas grande, pero aun le sostenia el terror; aun, cada vez que caia, volvía á levantarse y á correr. ¡Vano empeño! Los montañeses, mas jóvenes, mas ágiles y menos fatigados, le iban á los alcances y solo muy pocos pasos les separaban del infeliz D. Oppas, cuando una detonacion espantosa y una luz que á todos dejó ciegos por el momento, vino á detener en su marcha á perseguidos y perseguidores.

Largo rato permanecieron deslumbrados y ater-

rados los montañeses, pero cuando ya la luz volvió á sus ojos y la calma á su pecho, quedaron no poco asombrados al ver á D. Oppas arrodillado entre dos altos picos de la montaña y en el mismo sitio donde el rayo le sorprendiera. A su vista volvió á ellos el deseo de vengar á la pátria y con las armas levantadas se precipitaron todos á un tiempo sobre el traidor.

¡Cuál sería su espanto al apercibirse de que el cuerpo de D. Oppas no era sino un peñasco!

---

Allí pueden verle hoy todos los que transitan por el valle: allí está D. Oppas petrificado por la justicia celeste; allí permanece para ejemplo de traidores.

¿Quereis saber qué fué de su alma? Pues continuad mas adelante, y cuando llegueis á la falda de la sierra de Priea, aplicad el oído á un peñasco que avanza sobre el camino y oireis un ruido subterráneo producido por la rueda del molino de la Rcedoria. Bajo ella se tritura el alma de aquel traidor que consumió la perdicion de España.

## MAS LEYENDAS.

---

No hay un solo campesino en el Auseba y tres leguas en contorno, que no conozca á D. Pelayo mejor que al alcalde de barrio del que habita; que no cite á D. Oppas como ejemplo de traidores, y que no hable con encomio, y encandilados los ojos, de la hermosura de Ormesinda, con horror de Muzuza y como de la cosa mas conocida del mando de la batalla de Covadonga.

Cuentan de aquellos personajes, de sus hechos y de los lugares que de ellos fueron teatro. cosas maravillosas y estupendas, con tal aire de seguridad —como que las oyeron de sus mayores,—que es muy dudoso que pueda tenerla tan firme el Académico de la historia que mas veces se haya polvoreado los dedos y el magin en el archivo de Simancas; hacen deducciones etimológicas que se las danos al mas pintado filólogo, y lo adornan todo con tan fresco colorido, tan risueñas imágenes y tal fantasmagoría, que dieran envidia a! vate mas visitado por aquellas hermanas, dispensadoras de toda inspiracion.

Así, pues, lector viajero, no has de llegar de seguro al monumental puente de Cangas de Onis sin que, poco antes—cosa de dos kilómetros,—te enseñen desde el camino una alta y fragosa sierra en donde diz que sucedió una catástrofe, que la historia cuenta y en nuestros monumentos mas antiguos se halla múltiplemente representada.

Nos referimos al atrevimiento de aquel célebre oso que, á pesar de haber trascurrido muchos siglos desde que se estilaron los gorros frigios de la antigüedad, y faltar no pocos para que la revolucion francesa volviera á ponerlos de moda y en caricatura la española, dió tan pocas muestras de respetar la dignidad régia, que en una mañana de mal humor, echó la garra y arrancó la vida, como quien hace la cosa mas natural del mundo, nada menos que á don Favila, rey de Asturias.

Verdad es, y sirva esto de circunstancia atenuante al regicida cuadrúpedo, que el monarca, poco escrupuloso con los *ursiles* derechos, andaba por aquellos vericuetos con el no sano intento de divertirse á costa de la vida del mamífero y sus congéneres, lo cual debió parecer al habitante de las selvas, atentatorio á todo principio de buen gobierno.

De buen grado habríamos de disertar, con este plausible motivo, acerca del derecho de insurreccion, si nouviésemos otra cosa que hacer mas provechosa á nuestro intento; cómo es la de atravesar el valle estrecho que se estiende á la salida de la antigua Cánica y enseñar á nuestros lectores, al lle-

gar al punto en donde el camino tuerce á la izquierda, para internarse entre las montañas que nos ocultan el Auseba, una casa antiquísima en donde es cosa averiguada, al menos por tal pasa entre los naturales del país, que vivió D. Pelayo, siendo así aquel caseron, antepasado, por legítima ascendencia, de ese suntuoso y bellissimo palacio que, en la plaza de Oriente de Madrid, hospeda hoy á los monarcas españoles. De cierto que el tal, si llega algun día á conocer á su pariente por línea recta, lo que dudamos mucho, ha de avergonzarse del abolengo y aun negarlo, fundándose en especiosas razones históricas, que pudiera prestarle cualquier crítico moderno, pues poco necesitan los muy encumbrados para desconocer su humilde origen.

Por los mismos lugares que el deteriorado palacio real está el Campo de la Jura, muy ocupado hoy en la prosáica tarea de producir patatas y maiz, y sin acordarse que, en siglos anteriores, hubo de ser escenario de trascendental ocurrencia y que allí fué donde los astures juraron obediencia y prestaron acatamiento, por primera vez, á aquel héroe que llevó á cabo tal empresa, que, de no haberla realizado, su intento pasara por locura digna del hidalgo manchego, que siglos despues nació en la imaginacion del Manco de Lepanto. Son hoy la casa y el campo gentes que han venido muy á menos, pero á los cuales no debes desdeñarte, viajero, de echar una mirada, siquiera no sea por otra cosa que por despertar en tí cristianas reflexiones acerca de lo efímero de las humanas grandezas.

Pensamientos son estos muy en consonancia con el paisaje que ahora vas á contemplar, pues á la risueña campiña que te rodea han de sustituir angostísimos valles de escabrosas y tristes montañas circundados; lugares muy á propósito para retiro de un asceta. Atravesarás luego el pueblecillo de la Riera, no sin advertir antes al cochero, si eres viajero de carruaje, que ande con cuidado por el puentecillo, que al punto de llegar se encuentra, pues es aquel paso difícil y peligroso.

Detente, poco mas tarde, un momento ante don Oppas, que en el alto de una colina expía su traicion, recuerda lo que de él hemos hablado y sigue adelante hasta llegar á un peñasco que, un kilómetro mas allá, avanza sobre el camino como para enseñar al transeunte dos rayas profundamente marcadas en él y un círculo le pequeño diámetro que confusamente se dibujá en la dura piedra. Para justificar este alto que trazamos en tu camino, vamos á referirte lo que hemos oido contar del peñasco y sus huellas, la primera vez que visitamos aquellos lugares.

«Acababa D. Pelayo de ser proclamado rey de Astúrias, ó de España, que es lo mismo, porque entonces no habia mas España que estos montes. Venia el monarca mas grande que nunca ha a regid<sup>o</sup> monarquía tan pequeña, profundamente abstraído y sin parar mientes en lo peligroso del sendero que recorria, descuido que, si bien no debe recomendarse, ni aun á los reyes victoriosos, era en aquella sazón no poco disculpable, pues la empresa que sobre sus hombros echara D. Pelayo, la hazaña re-

cientísima que habia llevado á cabo y el hecho de habersele aclamado rey, cosas son todas para preocupar aun al héroe de alma mejor templada.

Así, pues, no se cuidaba el nuevo rey de conducir la mula de que era ginete y esta, por su parte, iba tambien distraida, sino por tan altos pensamientos, en la contemplacion de la fresca yerba que limitaba el camino y que escitaba su gula como si del mas humilde asno se tratase, cuando un atronador ¡viva D. Pelayo! cuyo estruendo no necesita ponderarse con decir que salia del entusiasmo mas legítimo y expansivo de que la historia hace memoria, y de mil robustos pulmones montañeses, vino á espantar al animal en términos que, haciendo un brusco movimiento de huida, fuéronsele al mismo tiempo las piernas y los brazos resbalando sobre la superficie de un peñasco, con lo que diera con su real ginete en tierra y acaso fin á las hazañas de este, si un ligero montañés no sostuviese al animal, con riesgo de su vida.

Quiso D. Pelayo recompensar á su vasallo y dióle una moneda, pero el montañés, poco práctico en el oficio de cortesano, arrojó la dádiva contra la peña y, con mas altivez que respeto:—Señor, dijo, no se cobran en esta tierra tales servicios.»

El peñasco en que la mula resbaló conserva aun hoy las huellas del ferrado casco y la marca de la moneda. Cómo ha sido posible que esto sucediese no te lo podemos decir, pero tal vez no falte algun aldeano de los contornos que esplique el hecho sin acudir á las ciencias físicas.

Muy pocos pasos mas hácia el fin de tu viaje, encontrarás, amigo lector, porque ya vamos siendo amigos, una gran mole de piedra cuya especial construccion y aspecto bastarian para que en ella detuvieses la mirada. No forma una masa compacta sino que se compone de considerable porcion de piedras de poco volúmen conglomeradas y unidas por tan sólida argamasa que la fuerza de un hombre robusto no basta á arrancar un solo pedazo.

Dicen las sencillas gentes del país, con la mayor conviccion, y repiten los espíritus fuertes, sonriéndose, que aquel monton de piedras teníanlo ápercibido los moros para cargar sus máquinas de guerra en la batalla, pero que, por milagroso portento, quedaron chasqueados los previsores agarenos, que al ir á hacer uso, en lo mas rudo del combate, de aquellas naturales armas arrojadizas, se encontraron con la poco halagüeña novedad de que todas ellas no formaban mas que un peñasco, quedando así inermes ante su furioso enemigo. ¡Otros hubieran sido los destinos del mundo si cada conquistador injusto encontrase en su camino en vez de laureles con que ceñir la frente y pueblos en que saciar su ambicion, montones de piedras conglomeradas y montañas dispuestos á morir por la patria.

Muy próximos nos hallamos ya de la sagrada cueva, objeto y fin de tu viaje; pero ántes de descubrirla reclama imperiosamente nuestra atencion el Campo del Repelao. No preguntes, viajero, para qué sirve aquella pirámide que en medio de él se levanta, pues habrias de ponernos en grave aprieto. Como

monumento no está á la altura de su objeto, como pretesto para escribir en él que allí es donde Pelayo fué aclamado Rey, es inútil. Tales hechos no es preciso inscribirlos en piedras y bronces, los esculpen el patriotismo en la memoria de los pueblos y el entusiasmo en el corazon de los hombres.

Afortunadamente el nunca bastante alabado celo de nuestro ilustre Prelado, levanta hoy un templo que á la vez que sirva de monumento de gloria á los héroes de Covadonga, será testimonio de religiosa gratitud á Nuestra Señora de las Batallas.

Marchémonos de estos lugares ántes que nos asalte, al ver pastando en el histórico Campo diversos animales, el recuerdo de que aquel terreno pertenecia hace pocos años al Estado, el cual lo enajenó en pública subasta, si con algun daño de nuestros sentimientos de patriotismo, con gran provecho del Tesoro, pues anduvo cerca de producir la venta de la cuna de nuestra monarquía, la cantidad considerable de cincuenta duros, con lo que se habrá pagado á un portero el sueldo de un mes.

Mejor es que el Campo del Repelao sea de dominio privado. Así no perdemos las esperanzas de verlo algun dia convertido en fábrica de fósforos.

Empecemos ahora á caminar por la ladera de la áspera sierra de Prierá, competidora en legendaria importancia del monte Auseba que á su frente se levanta. Forma parte de aquella la cuesta de Cabilia (cuya raíz deriva, segun la tradicion, de Cruz-habia) así llamada porque durante la batalla de Covadonga el alto monte sirvió de pedestal al Signo de

la Redencion que, como cruzados haces de rayos del sol, brilló en aquellos solemnes momentos para sostener y alentar á los cristianos combatientes.

En su cima se levantaba en otro tiempo una ermita que se ha pretendido por algunos ser la que la milagrosa Vírgen escogió por sí misma para morada. Dió lugar esta creencia á que una noche—allá á principios del siglo xvii—desapareciese la Sagrada Imágen de su santuario, viniendo á ser hallada el dia siguiente en la ermita de Cabia; díjose entonces que la Vírgen no queria vivir sino en el alto de la sierra, pero de cómo se verificó el milagro pudiera dar cuenta cierto sacristan que, poco despues, remaba en las galeras del rey y que siempre protestaba de que la habia llevado allí su escesivo amor á las tradiciones (1).

El tiempo ha pasado la mano por la ermita, y sus ruinas no son ya sinó enterrados escombros. El sitio que ocupaba llámase hoy «Oracion de Cabia» porque, descubriéndose desde él el Santuario de Covadonga, los pastores trashumantes, que por allí pasan, postran, al llegar á aquel punto, la rodilla en tierra, y elevan á la Madre de Dios fervorosa plegaria.

Encuétrase la cumbre de Prieria hendida por enorme desgaje que hizo de una montaña dos. Cuenta la tradicion, á este propósito, que en aquel memorable dia en que un puñado de valientes encomendó á la suerte de las armas los destinos de

---

(1) Histórico: Constan los antecedentes del proceso en el archivo de la Colegiata.

España, y cuando la batalla se encontraba en lo mas recio del pelear, los moros, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos para rendir de frente á los héroes que en el Auseba se refugiaban, intentaron atacarlos por el flanco, á cuyo efecto se corrieron por la ladera de Prierá.

¶ Aunque si hubiera de sumarse el valor de los montañeses, defensores del paso que intentaban los agarenos, y por él juzgar de su número, igualaran al ejército de Xerxes, eran en realidad tan pocos, que los mahometanos se hallaban á punto de conseguir su intento, con lo que la batalla fuera perdida y con ella perdida tambien para siempre España. Estremecióse entonces la tierra, como si temblara de espanto, vióse la cumbre del monte levantarse cual si, gigante acostado, se incorporase, y, con estruendo, de que ningun humano podrá jamás formarse idea, se precipitó en el fondo del valle.

Allí hallaron sepultura los vencedores de Guadalete.

Por el valle corre un arroyo, *sierpe de plata* cuyas transparentes aguas desmienten el nombre de «Riega de la Gusana» con que se le conoce. Y es que aquella cristalina corriente, socavando los escombros del hundido monte, fué, durante muchos años, constante manantial de podredumbre y gusanos. ¡Tal era la forma en que reaparecia el poderoso ejército de Alkaman!

Lector, ahora que hemos terminado el relato, si no de todas, de las principales leyendas que se refieren á los lugares que en tu camino encontre;

ahora que has llegado ya al estrecho valle de Covadonga, por todas partes cercado de altísimas montañas, cual si en él terminase el mundo, tiende la mirada hácia tu izquierda y contempla el monte Auseba, meta de tu peregrinacion.

Desde ese mismo sitio, llena el alma de las mas altas emociones, palpitante el corazon de entusiasmo, hemos visto nosotros tambien por primera vez ese enorme peñasco cortado á pico en cuyo centro se halla el Santuario de la Virgen de Covadonga, Nuestra Señora de las Batallas, acurrucado en su cueva como el aguilucho en el aun no abandonado nido. Ahí hemos recordado el hecho mas trascendental de la vida de España; ahí nos hemos dejado trasportar por la imaginacion á aquel glorioso dia en que nuestros mayores supieron escribir con su sangre y su heroismo la página mas brillante de la historia patria; desde ese mismo sitio hemos visto pasar en fantástica procesion los héroes todos de la epopeya de ocho siglos, que no tiene igual en los anales del mundo.

Embargada aun el alma con estas impresiones, subimos la ágría pendiente y fuimos á postrarnos, y á orar, cubiertos los ojos de lágrimas y rebosando el corazon religiosa gratitud, ante la imágen sagrada de la Madre de Dios.

---

---

## MONUMENTOS. (1)

---

San Julian de los Prados.—San Bartolomé de Nava.—Santa Maria de Villamayor.—San Pedro de Villanueva.—Santa Cruz de Cangas.

Hemos dicho en uno de los artículos anteriores que apenas abandona el viajero la capital del antiguo principado asturiano en direccion á Covadonga, encuentra á su izquierda la histórica iglesia de San Julian de los Prados, llamada vulgarmente de *Santullano*. Remóntase su fundacion á la época en que ocupaba el trono de Asturias Alfonso II llamado el *Casto*, monarca que tantas páginas gloriosas legó á la historia y uno de los que mas impulso dieron á la civilizacion, á las artes y con especialidad al culto religioso del pequeño reino: la planta del templo

---

(1) Tomamos la mayor parte de los datos que nos sirvieron para escribir este artículo de la obra del Sr. Quadra do titulada: *Recuerdos y bellezas de España*.

reproduce en miniatura la de las antiguas basílicas cristianas, pues se observan en ella el cuadrado vestíbulo, precedido de un pórtico que se le añadió muy posteriormente; las tres naves comunicándose por medio de seis arcos y cortadas por el crucero algo mas elevado; las tres capillas del fondo, abovedadas en forma de medio cañon, ostentando la mayor á lo largo de sus muros laterales tres arcos figurados, sostenidos en el centro por columnas y á los extremos por pilastras, cuyo grueso bordan algunas toscas labores. En esta, lo mismo que en casi todas las iglesias de nuestra provincia anteriores al siglo XI, dice el autor ya citado, no cierran las capillas ábsides semicirculares y poligonos; y solamente en el recto muro de la capilla mayor se nota por fuera el acostumbrado agimez de tres arcos, mas ancho y mas alto el del centro, que descansan sobre dos cortas columnas.

La iglesia bizantina de San Bartolomé de Nava es otro de los monumentos que merecen ser visitados por el viajero: fué un tiempo, como ya digimos, convento ó priorato sujeto al de San Pelayo de Oviedo; bonitos capiteles formados de caprichosos grupos de aves y fieras adornan las cuatro columnas de su portada, cuyo arco interior de medio punto guarnece una angrelada moldura recortada en pequeños semicírculos: tiene la iglesia una hermosa ventana en el centro del ábside, arcos semicirculares que sostienen el techo, y á la izquierda el nicho sepulcral de los Alvarez de Asturias, luvulado ya con ovas en su arquivolto.

Santa María de Villamayor perteneció á un antiguo convento de benedictinas y hundida su bóveda, está hoy el recinto destinado á cementerio: la puerta lateral de alto semicírculo, y el hermoso ábside, flanqueados una y otro de columnas, y adornado este en sus ménsulas de estraños mascarones con pechinas en la boca, respiran la elegancia y pureza del arte bizantino durante su apogeo. Guarnecido por el arco toral y por sus esbeltas y sutiles columnas de bellísimos capiteles, subsiste en pié el cascaron de la capilla mayor, rodeando el cuerpo bajo una série de ocho arcos semicirculares, apoyados en columnitas ya pareados ya sueltos y orlados con una moldura cilíndrica de tablero. El Obispo D. Gutierre de Toledo disolvió á fines del siglo xiv, por severísimo decreto, aquella comunidad; distribuyéndola entre los conventos de San Bartolomé de Nava y San Pelayo de Oviedo, y condenando á las religiosas que la formaban á perpétua penitencia.

San Pedro de Villanueva, situado sobre la margen derecha del Sella, tres kilómetros al occidente de Cangas de Onís, fué tambien monasterio benedicto: atribúyese por algunos su fundacion á Alfonso I el *Catolico*, pero no hay motivos bastante sólidos para tal creencia, pues las actuales formas del templo pertenecen al estilo bizantino del siglo xii, si bien se advierten recientes innovaciones en el cuerpo de aquella iglesia que tanto entusiasmo inspiró á Sandoval. Sus tres ábsides agrúpanse aun á espaldas del edificio, flanqueado el mayor de columnitas y con profuso ornato en sus ménsulas y cornisa;

al pié de la renovada torre ábrese en semicírculo la portada lateral, apoyando sus arcos concéntricos en tres columnas á cada lado; uno de los capitéles representa de relieve la trágica leyenda del rey Favila, saliendo á caballo á caza, con un azor en la mano, y á la reina á pié abrazada con él como despidiéndose, vestidos ambos con trajes sumamente curiosos. En la salida de la iglesia al claustro y descansando sobre haces de columnas, se ven tres arcos bizantinos á que se dá el nombre de *entrada del palacio*, aunque tienen mas bien trazas de haber pertenecido á la sala capitular. Lástima que la atrevida mano de modernos reformadores hubiera cometido en este templo verdaderos atentados artísticos!

La capilla de Santa Cruz, separada de Cangas de Onís poco mas que por las aguas del pequeño Güeña, fué erigida, segun la tradicion, por el héroe de Covadonga, en el sitio mismo donde bajó del cielo la gloriosa cruz que le sirvió de enseña en su maravillosa empresa: de su antigüedad, digimos antes de ahora, apenas le queda mas que el nombre; y así es en efecto, pues toda su fábrica fué al parecer renovada en 1632, fecha que se lee en las pilastras del moderno arco. Morales, que alcanzó la primitiva iglesia de Santa Cruz, menciona tambien otra iglesia subterránea, «á que se entra por una boca como pozo y allá hay capilla y altar,» donde probablemente fueron sepultados Favila y su esposa. Una lápida colocada en la pared del Norte contiene una inscripcion dividida en trece renglones, cuyo oscuro estilo guarda analogía con el contem-

poráneo del Pacense; con gran cuidado la leyó Morales, á quien han copiado la mayor parte de los escritores que posteriormente la publicaron, mereciendo especial mencion entre ellos el Sr. Cabeda, que en su discurso preliminar á la Coleccion de poesías asturianas, la cita para demostrar los principios de la corrupcion de la lengua latina y formacion del romance vulgar. Tiene esta inscripcion inapreciable mérito por ser la mas antigua que se conoce despues de la invasion sarracena.



# COVADONGA.

---

## I.

El viajero que guiado por su fé ó por su patriotismo visitaba hace algunos años el santuario de Covadonga, quedábase confuso y no acertaba á comprender cómo España y en especial Asturias tenían en tan completo abandono aquel lugar, teatro de gloriosísimos sucesos, cuna de la restauracion, casa solar, segun digimos, de nuestra monarquía: el culto religioso celebrábase, despues del incendio del templo de madera, ocurrido en la noche del 18 de Octubre de 1777; en la capilla de San Fernando, de reducidas dimensiones, y aun de allí tuvo que huir para refugiarse en la Sala capitular, cuando la bóveda de la capilla fué destruida por el desprendimiento de una peña; la escalera que conducia á la Cueva hallábase desgastada y en malísimo estado;

los sepulcros de Pelayo y Alfonso *el Católico*, olvidados y casi destruidos; y como si no fuese bastante todo esto, ni un monumento, ni una columna, ni una piedra que recordase lo que la historia cuenta en páginas inmortales. Así se hallaba Covadonga; así vivía aquella pobre Colegiata, trabajosamente respetada en los últimos tiempos: en vano el Cabildo, con un celo incansable, elevaba uno y otro día respetuosas y sentidas representaciones á los distintos gobiernos que en España se sucedieron en nuestro siglo; en vano trabajaba sin descanso en pro de aquel Santuario, de aquellos lugares en donde debiera elevarse el mejor de nuestros templos, en donde mármoles y broncees esculpidos por mano de nuestros mas inspirados artistas no bastarian á conmemorar los hechos que recuerdan; Covadonga parecia estar ya olvidada en la memoria de los poderosos de la tierra cuando fué elevado á la silla episcopal de Oviedo D. Benito Sanz y Forés, valenciano por su cuna, asturiano por su cariño á nuestra provincia; y todo varió desde entonces como por encanto para aquel Santuario! Propúsose el celoso Prelado reparar la injusticia y el olvido de las pasadas generaciones, y con afán incansable, con actividad pasmosa, ha hecho y está haciendo verdaderos milagros: construyó en poco tiempo la capilla de la Cueva, dedicada á la Virgen, preciosísima miniatura de estilo románico, que encanta por el lujo y belleza de su ornamentacion; levantó la bóveda de la capilla de San Fernando, dando al templo mayor capacidad; hizo en la parte exterior de la Cole-

giata magnífica escalera de hierro y sillería para subir directamente á la Cueva; restauró los sepulcros de Pelayo y Alfonso *el Católico*; edificó otra bonita capilla en el *Campo de la Virgen* y, pareciéndole poco todavía lo hecho, se propone alzar un gran templo, digno del objeto á que se le destina y del sitio en que se edifica; y cuando lo consiga—que lo conseguirá de seguro,—el pensamiento de Carlos III estará realizado con creces, Asturias no tendrá ya de qué avergonzarse y Covadonga contará con un monumento que recuerde á las generaciones venideras el acontecimiento mas grande que registra en sus páginas la historia pátria.

Para realizar tan magnífico proyecto se trabaja activamente por el Ilustre Prelado y por los señores canónigos: ayúdanlos en su empresa personas, si estrañas al Cabildo, no á las glorias de España, y entre ellas alguna que, si nació en extranjero suelo, vive en nuestras montañas dando muestras de singular y provechoso cariño á su patria adoptiva. (1) No buscan unos y otros recompensa, pero han de hallarla de seguro en el agradecimiento de España y en el recuerdo que de ellos han de conservar las generaciones futuras.

Pero es preciso no dejarlos solos, es preciso que todos coadyuvemos á la obra en la medida de nuestras fuerzas; preciso es que la suscripcion abierta y

---

(1) El alemán Sr. Frassinelli, autor de los planos de la Basílica y uno de sus directores.

á cuya cabeza figura nuestro jóven soberano, cuente con las ofrendas de cuantos han nacido en esta tierra, pues no merecerá el nombre de asturiano aquel á quien un donativo, siquiera sea de la mas ínfima moneda, no dé mañana el derecho de decir con orgullo contemplando el templo levantado: «Tambien yo lo hice.»

## II.

Unas cuantas casas destinadas á los canónigos y beneficiados, algunas para los dependientes del Cabildo, una hospederia de muy reciente fecha y la colegiata, son todos los edificios que hay en Covadonga. Es el último de humilde aspecto y escaso mérito artístico, de líneas bizantinas y con un claustro interior sostenido por arcos semicirculares sobre cortas y pesadas columnas: en los muros de éste se ven tres sepulcros, uno de ellos moderno que guarda los restos del primer Baron de Covadonga, del siglo xi los otros dos hechos para los abades y que pertenecen hoy á las casas del Marqués de Pidal y de Cortés; tienen estos dos últimos sepulcros bastante labor, y sobre la tapa un báculo de relieve que indica su primer destino. En uno de los ángulos del edificio está la capilla de San Fernando con el coro

detrás del altar mayor y contiguas á ella la sacristia, la Sala capitular y la Biblioteca; una puerta abierta en el muro de Occidente da salida al panteon de los canónigos, y otra en el del Sur á la escalera que conduce á la Cueva. Tiene ésta unos doce metros de boca y ocho ó diez de fondo, con un balcon que ocupa todo su frente sostenido á veinte metros sobre el rio por vigas de madera que encajan por uno de sus extremos en la roca: hay en la Cueva, además de la capilla de que hicimos mérito, los sepuleros de Pelayo y Alfonso *el Católico*: el sarcófago de piedra del primero es muy antiguo, acaso del siglo viii, con una inscripcion cuya fecha no pasa del siglo xvi: la tradicion, confirmada por algunos documentos, dice que Pelayo fué sepultado en la cercana iglesia de Santa Eulalia de Abamia, antes Velamia; pero se cree que Alfonso I cuando fundó el monasterio de Santa Maria de Covadonga hizo trasladar á él los restos del invicto caudillo. El sepulero de Alfonso *el Católico* tiene en el testero una inscripcion del siglo xvi, y su autenticidad no puede dudarse, pues en la crónica de Alfonso III se lee que aquel monarca fué enterrado en el término de Cangas en el monasterio de Santa Maria que él habia fundado.

Pobre en ropas y alhajas está hoy la Colegiata: el incendio ocurrido en el siglo pasado, al consumir el templo de madera, consumió tambien los vasos sagrados y los ornamentos de antiguas épocas y raro mérito que el santuario tenia; y tan completa fué aquella catástrofe, que en los dias que la siguie-

ron, para celebrar misa en la capilla de San Fernando fué preciso que facilitaran los medios las parroquias inmediatas. Algo hay, sin embargo, en esta materia que merece ser examinado por el viajero: los ternos completos, regalo de la familia real, son notables por su valor y por la delicadeza de su bordado.

---







